

BOLSILIBROS
BRUGUERA

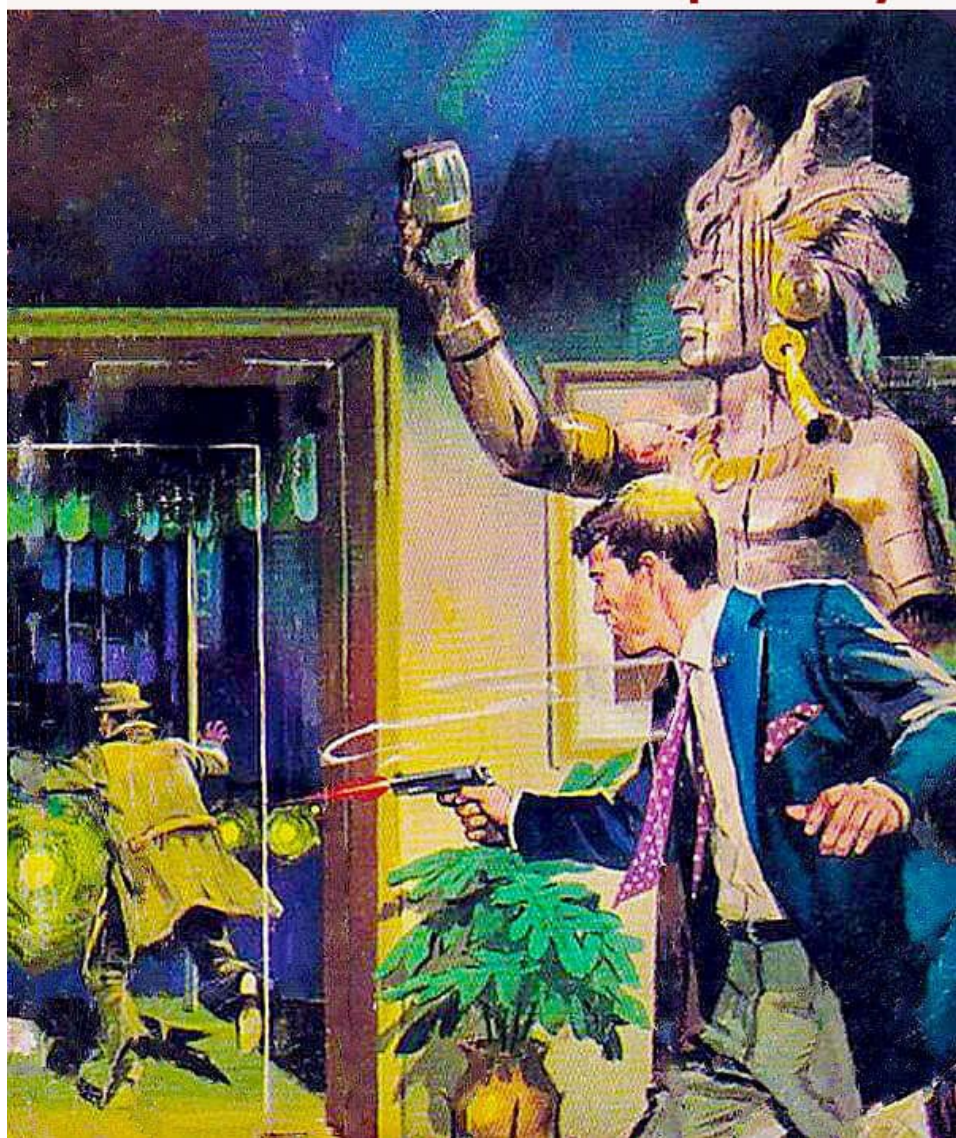
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el peor delito

ralph barby



El Casbah *Night Club* era un local de baja estofa como habría dicho cualquiera de las altivas damas de la alta sociedad de San Francisco, sociedad que no se medía por la prosapia de sus antepasados sino por los dólares acumulados en el haber de la cuenta bancaria.

El ambiente era denso. El techo no podía verse por la cantidad de humo acumulado y que se había transformado en una nube que habría oscurecido al propio sol de carecer de techumbre el local.

Hut V. Drake se dijo que aquel antro jamás habría sido ventilado y que no sería mala cosa avisar a los compañeros de la salubridad pública para que llenaran el Casbah de cianhídrico, eliminando las miríadas de diminutos insectos que allí anidarían y luego, abrieran las puertas de par en par, introduciendo un poderoso aspirador que renovara el aire.



Ralph Barby

El peor delito

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1078

ePub r1.1

Lds 04.03.18

Título original: *El peor delito*

Ralph Barby, 1971

Cubierta: Trial

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El Casbah *Night Club* era un local de baja estofa como habría dicho cualquiera de las altivas damas de la alta sociedad de San Francisco, sociedad que no se medía por la prosapia de sus antepasados sino por los dólares acumulados en el haber de la cuenta bancaria.

El ambiente era denso. El techo no podía verse por la cantidad de humo acumulado y que se había transformado en una nube que habría oscurecido al propio sol de carecer de techumbre el local.

Hut V. Drake se dijo que aquel antro jamás habría sido ventilado y que no sería mala cosa avisar a los compañeros de la salubridad pública para que llenaran el Casbah de cianhídrico, eliminando las miríadas de diminutos insectos que allí anidarían y luego, abrieran las puertas de par en par, introduciendo un poderoso aspirador que renovara el aire.

Sin embargo, Drake sabía que allí dentro se encontraban a gusto las ratas que solían acudir, amparándose en su oscuridad, en sus recovecos, en sus apartados, escapando a la policía y viviendo del sucio negocio del hampa en sus múltiples ramas.

En una pista no mayor de cinco pies cuadrados, con cuatro focos situados en los respectivos ángulos, evolucionaba una bailarina vestida como una hurí y una fina gasa cubriendo su nariz y boca.

La muchacha, demasiado alta y ancha de hombros para recordar a una árabe, se contorsionaba al ritmo de un clarinete que más semejaba dejar escapar *jazz-soul* de Nueva Orleans. Sin embargo, al público le importaba poco la pureza folklórica de la música que se escuchaba y en cambio prestaba mucha atención al baile de la alta y casi agresiva danzarina.

Drake, con un cigarrillo entre los labios, se abrió paso hasta uno de los semirreservados del fondo. Algunos de ellos estaban sumidos

en la oscuridad y los que tenían luz, ya que disponían de conmutador propio, quedaban sumergidos en una claridad rojiza casi infernal.

—El nueve —leyó en el rotulito pegado sobre la entrada del reservado, compuesto por una mesa estrecha, sucia, y una mezcla de banco-sofá algo mullido y en el que cabían dos personas sentadas juntas. ¿Para qué querían más?

No hizo uso de la luz roja del apartado carente de puerta. A través del hueco frontal se divisaba el resto del local, en especial las atracciones.

—¿Qué va a tomar?

El camarero grueso, de rostro patibulario, golpeó la mesa con su paño. Más pareció que tratara de matar una chinche que secar o limpiar el tablero. Hut Drake, que sabía que en aquel local no podía pedirse demasiado, dijo:

—Un *bourbon* doble.

Aquella especie de reservados, que no lo eran tanto, pues frontalmente podía verse lo que había dentro de ellos si se poseían pupilas de gato o si estaban encendidas las luces rojas, se hallaban separados por celosía de madera cruzada en diagonal que un día, quizá en la inauguración del local (sólo Dios sabía cuánto tiempo hacía de ello) habían sido pintadas.

Una mujer se plantó en la entrada del reservado, casi cubriéndola por completo.

Era alta y lucía una minifalda azul oscuro. En cuanto a su escote, hacía calor, pero no tanto.

La morena movió sus amplias caderas y Drake temió que fuera a tumbar las celosías con ellas.

Mas, por lo visto tenía experiencia y no pasó nada, nada hasta que se sentó junto a Drake. Éste pensó que hacía mucho tiempo que no sentía las apreturas del *underground* neoyorquino, donde en aquel verano caluroso la gente se debería sentir como sardinas en lata y eso que las estadísticas de cara al extranjero proclamaban que cada americano tenía su coche y algunos dos, pero el metro se llenaba.

—¿Qué pido, champaña o *bourbon*? —inquirió la mujer gancho del local.

—Sifón.

La respuesta del hombre fue clara, tajante, su timbre no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué? —preguntó torciendo ligeramente su boca, tan cargada de *rouge* que con besos hubiera podido ir pintando en serie los coches de la cadena «Ford», siempre que éstos fueran rojos, claro.

—Lo que has oído, nena. Pide sifón y te largas, quiero estar solo.

—Oye, ¿quién te has creído que eres? ¿El sultán de la Arabia ésa?

—Que te largues. Estoy esperando a un amigo.

—Vaya, no tienes cara de eso.

—Qué le vamos a hacer, en la vida debe haber de todo —admitió Hut bromeando para que la mujer lo dejara en paz y no verse obligado a discutir con ella.

—Está bien. A mí me gustan los hombres muy hombres.

La fémina se alejó y el *bourbon* le fue servido al poco.

Drake miró su contenido a contraluz, colocándolo entre sus ojos y los focos de la pista; ningún insecto flotaba en él.

El líquido estaba claro y la vertiginosa hurí, producto de los arrabales de San Francisco, semejaba estar bailando dentro del licor.

—Drake...

Volvió su rostro hacia una de las celosías, la que quedaba a su derecha, y resbalando sobre el asiento se aproximó a ella.

El confidente había llegado, un confidente apodado el Jeringa. Era un hombre pequeño, de eterno sombrero sobre la cabeza y una cajita metálica con una jeringuilla y unas ampolletas de insulina en el bolsillo, lo que le había valido el mote.

Era difícil conocer el nombre de aquel sujeto, se lo había cambiado tantas veces que ni él mismo sabía cuál era el heredado de sus padres, si es que los había tenido. Ni el suero de la verdad se lo habría sacado del subconsciente.

El Jeringa era un diabético crónico que guardaba en su bolsillo una cajita con diminutas pastillas de glucamatos que añadía a cuanto tomaba, pues le agradaba notar sabor dulce en todo.

Aquélla era su droga, quizá su único deseo por vivir.

El Jeringa no soñaba con la hurí de la pista, sino con pastelillos rebosantes de azúcar, bocado que le estaba prohibido si no quería entrar en un coma mortal. Sus ojos eran diminutos, amarillentos.

—Jeringa, ¿has averiguado algo sobre Cliff Morrison?

—Tiene su laboratorio en el ciento veintitrés de la South Road. Allí transforma la morfina en heroína, ganándose el ciento por ciento de beneficios. Es un tipo peligroso pese a su cara de apacible científico. Trabaja por las noches y gasta poco. A lo mejor quiere amasar fortuna y aparecer algún día como un respetable científico cargado de dólares. Hasta puede fundar una organización para proteger niños huérfanos.

—Bien, Jeringa. ¿Quién te ha pasado la información?

—Pajaritos —respondió cínico, evasivo.

Hut V. Drake no insistió. Sabía bien que el Jeringa no le diría nada. Aquel confidente iba de un lado a otro, escuchando más que hablando.

Se ganaba la vida traficando con drogas, pero en mínima cantidad y siempre en los bajos fondos, lugares como el Casbah o centros de billar adonde sólo acudían «latones».

La confidencia había terminado.

El Jeringa podía estar en la cárcel y lo sabía, pero sus confidencias le valían la libertad, es decir, la vista gorda para él en los asuntos en que podía ser atrapado.

Era un pez pequeño que ayudaba a pescar a los grandes escualos. De nada servía meter en prisión al Jeringa, otro haría su trabajo y a él, por lo menos, le tenían controlado.

Filtró unos billetes tras la celosía y se olvidó de él.

Se bebió el *whisky* de un trago y le supo a fuerte y malo. Estaba seguro de que era producto de fábrica casera, una garrafa llena para a su vez llenar botellas con una marca determinada.

—Eh, oiga, que se olvida de pagar —le advirtió el camarero.

—No pretenderá que le pague ese veneno que me ha servido, ¿verdad?

—¿Cómo, un gracioso que se niega a pagar? ¿Desea que llame a los muchachos?

—No sea estúpido. ¿Quiere que le cierre el local? ¿Cuántos minutos me da para que clausure este antro?

—¿Policía?

—¿Es necesario que saque la identificación?

—No, no, claro. Invita la casa.

—Magnífico. Cualquier día que me acuerde del Casbah se lo

cuento al juez y lo cierra con hormigón.

Se dirigió a la salida. Para ello tenía que pasar por la larga barra del bar ante la que habían muchos y altos taburetes donde varias chicas y tipos malcarados aguardaban algo. Hut se imaginaba el qué.

—¿Qué, ha llegado el amigo? —inquirió la mujer que antes le abordara.

El tipo que se hallaba junto a la chica, señaló a Hut V. Drake con el pulgar, entre divertido y burlón, preguntando:

—¿Éste es él?

No pudo terminar.

Drake alargó su mano y entre los dedos aprisionó el apéndice nasal de aquel hampón, retorciéndoselo hasta hacerle saltar las lágrimas, todo ello con la máxima naturalidad. Al mismo tiempo, estiró su zurda y pellizcó a la chica haciéndole lanzar un chillido de ratón.

El camarero los miró y luego desvió sus ojos hacia la bailarina; allí no había pasado nada.

Herbert Bucannon le esperaba en la calle, fumando un cigarrillo y leyendo las últimas noticias del día publicadas por la Prensa.

Hut V. Drake subió al «Pontiac» negro, algo sucio de polvo; hacía más de una semana que no lo pasaba por el túnel de limpieza.

—¿Qué, ha habido buena información?

A la pregunta de Herbert Bucannon, Hut asintió.

—Sí. Arrea con el coche, vamos al ciento veintitrés de South Road. Allí encontraremos a Cliff Morrison con las manos en la masa, transformando la morfina en heroína. Si hay suerte, podemos empapelarlo para unos diez años.

—Ya tenía ganas de atrapar a ese tipo —masculló Herbert al tiempo que ponía el «Pontiac» en marcha, dando luz a los faros que taladraron la brumosa noche de San Francisco.

Hut V. Drake y Herbert Bucannon eran dos agentes del departamento federal de estupefacientes. Dejaban para la policía estatal o Metropolitana (brigada de narcóticos) los casos que tenían poca importancia y no rebasaban fronteras de estado, simples toxicómanos o vendedores de poca monta como el Jeringa.

Ellos iban siempre tras los peces grandes, persiguiéndolos fuera de los Estados Unidos si era necesario y las brigadas estatales de

narcóticos les facilitaban cuanta ayuda solicitaban.

Los dos agentes eran grandes amigos, casi como hermanos, salidos ambos de la misma promoción de Quántico, Hut con el número uno y Herbert con el dos.

Por azares del Destino habían sido destinados al departamento federal de estupefacientes y aparejados habían realizado trabajos sobresalientes que les habían valido felicitaciones del director y fundador del FBI, Edgar Hoover.

Jóvenes, altos, bien preparados, Drake tenía cabello rubio ceniza y ojos grises y Bucannon cabellos cobrizos, más bien largos y pupilas castañas.

Ambos eran hábiles en toda clase de lucha, con un coeficiente físico e intelectual superior. En los últimos tiempos habían sido el terror de los traficantes de la costa Oeste.

Gordon, el inspector jefe del departamento, estaba contento de tenerlos bajo su mando. Sólo le preocupaba un poco la leyenda negra que se estaba tejiendo alrededor de la pareja de agentes por su dureza a veces extrema, en especial por parte de Bucannon que parecía sentir un odio mortal por los traficantes de drogas.

Cuando ellos intervenían, raramente se podía juzgar al delincuente: acababa muerto a tiros.

Bajo la base de defensa propia y resistencia al FBI, las «Browning» ladraban y los traficantes caían perforados. Ya no volverían a planear nuevos tráficos ilegales en las largas horas de ocio que pasaban en las prisiones federales.

La Prensa amarilla se había hecho eco de la dureza de los dos federales y éstos habían recibido montones de anónimos amenazándolos de muerte, cartas que iban a parar a la papelera, sin darles mayor importancia que un billete de autobús usado.

Tanto Drake como Herbert Bucannon sabían muy bien que los traficantes de drogas tenían deseos de acabar con ellos, que en cuanto la ocasión fuera propicia los convertirían en coladores humanos, ya que los dos solos habían conseguido reducir en gran parte el tráfico de estupefacientes en las metrópolis californianas.

—Ya estamos llegando. Deberemos pasar de largo y detenernos a distancia prudente para no ser descubiertos, no sea cosa que ese Morrison consiga borrar las huellas de su delito.

—Descuida Hut, lo atraparemos. Hace ya tiempo que vamos tras

él. No había forma de cogerlo, pero ahora que sabemos dónde trabaja no escapará.

Pasaron por delante del ciento veintitrés. En apariencia, aquel *cottage* situado en la carretera frente a la playa, estaba solitario.

La casa nada tenía de particular. Lo mismo podía ser un nido de amor que el lugar de *weekend* de una honrada y honesta familia de San Francisco que deseara disfrutar del sol playero.

—Sal de la carretera en aquel recodo —indicó Drake.

—Sí. Podemos retroceder a pie por entre las rocas sin que nos descubran. Ese Morrison puede tener algún secuaz que le guarde las espaldas mientras él trabaja. Después de todo es un negocio lo suficientemente productivo como para permitirse ese lujo.

—Sí, en cada transformación química de la morfina en heroína se ganan unos miles de dólares. No sé cuánto tiempo hace que trabaja, pero ya se habrá hecho rico —opinó Drake.

Herbert Bucannon detuvo el coche introduciéndolo entre unos arbustos. Apagó todas sus luces al tiempo que gruñía:

—Sucio tipejo... Con el cuento de que es un sanitario de hospital tiene su pequeño laboratorio hemoterápico y encubre sus verdaderas actividades. Lo que más me repugnó fue cuando aquella mujer le acusó de haberle inyectado unas drogas excitantes en lugar de la vitamina que le había recetado el médico.

—Sí, quiso habituarla. Si a ella le gustaba el «viaje» se convertiría en drogadicta, como así sucedió. Lo que en principio pareció una equivocación luego habría de resultar funesto.

—Pero el muy bribón, con su cara de buen chico, salió airoso del juicio y el jurado lo declaró inocente del cargo, sólo una equivocación en su maletín como sostuvo en todo momento su abogado. Cualquier profesional está expuesto a una equivocación. El Colegio de Médicos le suspendió medio año de empleo y sueldo, pero él no era pasó hambre y pudo pagar a su abogado, que no era precisamente de pobres. —Herbert sacó su «Browning» y comprobó que la munición estuviera bien mientras agregaba—: Hay que impedir que ese miserable de Morrison escape nuevamente.

—Cuidado, Herbert. Ya sabes que el viejo no quiere más muertos. Se ha hablado demasiado de nosotros y nos exponemos a que nos lleven algún día a la corte por abuso de autoridad o responsabilidad criminal.

—Todo eso son monsergas del viejo que tiene miedo a perder su butaca en el despacho. Es cierto que él dirige el departamento, pero quienes damos la cara somos nosotros y también los que arriesgamos el pellejo.

Hut Drake no le rebatió. Lo que Herbert acababa de decir era cierto.

Retrocedieron hasta el *cottage* con sumo cuidado para no ser descubiertos. Al llegar a él observaron por las ventanas.

—Nada, parece que está solitario.

Drake puntualizó:

—Posiblemente trabaje en el sótano.

—Pues deberemos entrar en la casa con sumo cuidado. Quizá en la puerta tenga algún sistema de alarma que le advierta de la presencia de extraños.

—Se podría penetrar por una de las ventanas, pero no tenemos una orden judicial y sería allanamiento de morada.

—Vamos Drake, siempre has sido el más legalista de los dos, por eso sacaste el número uno de la promoción, pero con esos hampones no hay que serlo tanto. Ellos no avisan cuando disparan. Si ese tipo está dentro con la droga, lo cazaremos y nadie podrá objetar nada.

—¿Y si no está? Habremos forzado una ventana y aunque no nos llevemos nada, habremos sido unos intrusos, unos vulgares «toperos».

—Nos largamos y en paz.

Bucannon sacó de su bolsillo el bolígrafo en cuya cabeza llevaba engarzado un diminuto brillante. Aplicó una ventosa al centro del cristal y lo recortó totalmente. Después, un golpe preciso y el vidrio se partió tal como esperaba.

Aquella forma de recortar el cristal y entrar sin mover el marco de la ventana evitaba poner en funcionamiento un posible dispositivo de alarma.

Hut Drake se resignó, el daño ya estaba hecho. No le gustaba aquel modo de proceder, pero sabía que muchas veces daba buen resultado.

Caminaron por el interior de la vivienda con sumo cuidado.

Si Cliff Morrison estaba bajo sus pies, unos pasos demasiado fuertes los delatarían.

Les costó unos minutos encontrar la bajada al sótano y la hallaron en el *office*, una puerta bajo la cual se filtraba un rayo de luz.

—Ahí está nuestro hombre, seguramente trabajando en sus ponzoñas —gruñó Herbert.

—Será cuestión de sorprenderle.

Drake introdujo la ganzúa con suavidad en el orificio de la cerradura. Con la finura de un ratero, abrió la puerta. Frente a ellos, una escalera descendente.

Las pistolas aparecieron en las respectivas diestras de los federales. Hut V. Drake bajó deprisa para sorprender y no ser sorprendido. Bucannon saltó tras él.

Cliff Morrison era alto, magro, cabello entrecano cortado al cepillo y gafas de cristales montados al aire. Un mochuelo no hubiera quedado más sorprendido si a media noche le hubieran metido entre ceja y ceja el foco de un auto con la luz intensiva puesta.

—Alto, Morrison, no se resista al FBI —advirtió Drake encañonándolo dentro de aquel sótano bien iluminado, convertido en laboratorio, con sus matraces y refrigerantes, incluidas cápsulas de porcelana.

Morrison brincó tratando de alcanzar una puerta que se abría al fondo y por la cual quizá se podía llegar a la playa.

Hut V. Drake corrió tras él para reducirlo a la impotencia y colocarle las esposas, mas sonaron tres detonaciones.

Cliff Morrison recibió los plomos entre los omóplatos y fue empujado brutalmente contra la puerta por la que pretendía escapar. Los proyectiles hicieron estallar su corazón.

Hut Drake esbozó una mueca de disgusto.

Se inclinó sobre Morrison volviéndole el rostro y pudo ver los ojos vidriosos tras los cristales de las gafas que no se habían roto.

—Está muerto y no hacía falta esto, Herbert. No hubiera llegado lejos y no llevaba armas encima.

—Vamos, Hut, no te vuelvas sensiblero. Muerto Morrison, un delincuente menos que merodea por San Francisco y si no, fíjate en lo que hay en esta cápsula: Polvo blanco y caro, muy caro: heroína.

CAPÍTULO II

El inspector jefe Asael Gordon, con el periódico de la mañana en sus manos, estaba furioso y no se molestaba en disimularlo.

—No era preciso matarle. Fíjense en lo que dice la Prensa, cómo titula su trabajo de anoche. —A continuación leyó en voz alta—: «El FBI prosigue su política de exterminio. No hay piedad para el hampa».

—Me parece magnífico —sonrió Herbert Bucannon.

Drake, que estaba junto a su compañero, cerca de la mesa del inspector jefe, trató de contemporizar la tormenta.

—Cuando se lucha con hampones, a veces es difícil evitar la sangre.

—Ya estoy harto, y lo digo más por usted, Bucannon. Al fiscal federal no va a agradecerle esto, incluso puede pedir responsabilidades.

—¿Responsabilidades por liquidar a un indeseable que traficaba con drogas? —se sorprendió Bucannon.

—Tiene usted salida para todo, pero ese hombre estaba desarmado y murió con tres balazos. Eso no es limpio. El llevar una placa y un carnet federal no autoriza a matar de esa forma. Sólo se puede matar en defensa propia.

—O cuando el delincuente trata de huir —puntualizó Drake intentando ayudar a su compañero.

—Eso es y Morrison trataba de escapar. Quién sabe si lo hubiera conseguido de no meterle tres plomos en la espalda.

—Son ustedes dos excelentes agentes y muy expertos en tiro. Podían haberle disparado a las piernas y no al corazón a través de la espalda. Parece que tenga sed de matar, Bucannon. El cargo de agente no es un asunto personal. Ustedes defienden la ley federal,

no son justicieros ni vengadores del pasado Oeste. La Prensa asegura que ambos están cargados de odio y resentimientos contra el hampa. Aceptan que trabajan con eficacia, pero aseguran que todos los delitos no merecen la pena capital y están en lo cierto.

—Esos reporteros estarán pagados por los hampones, si no no se quejarían cada vez que enviamos a uno a la Morgue —masculló Bucannon.

—En el próximo servicio iremos con más cuidado, ¿verdad, Bucannon?

Drake esperaba una respuesta diplomática de su compañero, pero éste repuso agrio:

—Lo siento, pero cada vez que uno de esos miserables me facilite las cosas, lo enviaré al infierno. Es la mejor forma para librarse de ellos. ¿Para qué mandarlos a la cárcel, para que al poco tiempo sean puestos en la calle por expertos picapleitos? Pagan la fianza y otra vez a sus delitos.

—Bucannon, no puedo aceptar su forma de obrar. El FBI tiene agentes, no verdugos, sicarios a sueldo de la sociedad. Hemos de odiar el crimen, pero no al delincuente. No somos resentidos, somos hombres entrenados para ver claro, para razonar, para tener sangre fría en las situaciones extremas.

—Hasta ahora creí que hacía un bien a la sociedad exterminando malhechores, pero si no les gusta mi forma de ser...

—Sacó su placa y carnet de federal y los arrojó sobre la mesa—. Si no estoy en el FBI, los reporteros no hablarán mal de ustedes y eso, al parecer, es lo que más les preocupa, no que los delincuentes sean exterminados.

Al ver aquel gesto, Drake puso pliegues en las comisuras de sus ojos. No esperaba aquella reacción.

—¿Es irrevocable su decisión? —preguntó Gordon entre dientes.

—Sí.

—Pero Herbert, ¿qué vas a hacer ahora?

—No te apures por mí, Hut. Gracias a esos entrometidos reporteros he ganado popularidad en la Prensa como tú y será fácil abrir y seguir adelante con una agencia de detectives particulares. Trabajaré para mí y seguro que pagarán mejor mis servicios.

—Puesto que usted lo desea, acepto su renuncia. La comunicaré a la superioridad, pero creo conveniente advertirle que si como

investigador privado mata a alguien, va a tener más problemas que aquí. Aún no sé qué va a decir el fiscal federal sobre el asunto Morrison, claro que viendo su renuncia es posible que de un carpetazo al asunto.

—Pues que lo dé, me voy a vivir por mi cuenta. Creí que el ser federal era algo más importante. Me enseñaron que había que limpiar la sociedad norteamericana de delincuentes y cuando lo hago me piden guante blanco y flores para los hampones que matan, que trafican en drogas. No lo resisto, inspector, y puesto que a esos miserables los quieren vivos, quédense con ellos. Yo ya no me inmiscuyo más en estos asuntos.

—Herbert, piénsalo, hazme el favor.

—No te molestes, Hut, el inspector me ha obligado a esta renuncia. Aunque ponga cara agria está satisfecho, ¿no es cierto, inspector?

—No tenemos nada más que hablar, Bucannon. Le ruego nos envíe su dimisión escrita por correo. Pase por caja y se le abonarán sus haberes hasta la fecha de hoy. Le deseo buena suerte y si alguna vez rectifica su forma demasiado drástica de pensar, vuelva. Estamos necesitados de hombres capaces, preparados e inteligentes como usted.

—No me de jabón, inspector, no creo que vuelva. Mi forma de pensar sobre los hampones no cambiará.

Tendió la mano a Hut y ambos amigos se despidieron.

Instantes después, Bucannon abandonaba el despacho del inspector jefe del departamento federal de estupefacientes.

Drake puso un cigarrillo entre sus labios. Tras prenderle lumbre objetó:

—Ha sido un poco duro con él, ¿no cree, inspector?

Gordon desvió la mirada, se sentía molesto. Se levantó y anduvo hasta la ventana, mirando a través de la persiana de aluminio que filtraba la luz exterior en aquel día luminoso de la canícula de California.

—Lo siento mucho. Admito que Bucannon era un excelente agente, pero su forma de trabajar no es la correcta, ya se lo he dicho a él mismo y me desagradaría que usted siguiera la misma línea.

—A mí no me gusta matar, ésa es la verdad, inspector, pero si no

queda otra alternativa...

Gordon giró rápido sobre sus talones, aprovechando las palabras de Drake.

—Ésa es la cuestión, si no queda otra alternativa. Bucannon no mira si queda otra solución, mata y asunto resuelto. Lo ha hecho en varias ocasiones. Ha irritado al mundo del hampa, a la Prensa, a la gente pacífica y a nuestra superioridad. Nosotros no somos sicarios de la sociedad, somos algo muy distinto. Sin embargo, no es momento para entrar en disquisiciones.

—No es fácil encontrar hombres como Bucannon. Ellos son los que traen en jaque al hampa.

—Y horrares como usted lo mismo. A pesar de ello, no busca el placer de matar a los delincuentes. Matar no es siempre la mejor solución, recuerde el caso del traficante White.

—¿El que murió hace un año? Ése fue un trabajo que hicimos Bucannon y yo.

—Sí y Bucannon le puso dos plomos en las tripas. Se acabó el traficante de narcóticos, pero los cinco kilos de heroína que según rumores se estaban traficando, se perdieron. Quizá algún otro miembro de la banda de White se los llevó y prosiguió su trabajo. Muerto White, ya nada podía declarar.

—Recuerdo que se dio por supuesto que la heroína se hundió en el océano.

—Al FBI y a todo el departamento de justicia no le gustan las suposiciones. Preferimos las certezas. Pero, olvidemos el caso, de nada serviría recordar los fallos, aunque tengo que admitir que más han sido los aciertos. Sería tan magnífico que todo fueran aciertos.

El silencio fue turbado por uno de los tres teléfonos que se hallaban en la mesa del inspector jefe. Éste, sin titubear, se dirigió a uno, desahorquillándolo sin temor a equivocarse de aparato.

Hut V. Drake se encaminó a la puerta dando por terminada la entrevista. El viejo, como le llamaban amistosamente, y él, nada tenían que decirse.

Ambos se hallaban preocupados por la dimisión de Herbert Bucannon que se había apartado del FBI, para investigar por su cuenta y riesgo.

—Drake...

Ya había apresado entre sus dedos el pomo de la puerta cuando

fue interpelado. Volvió su rostro para inquirir:

—¿Algo más?

—Preguntan por usted.

Soltó el pomo y retrocedió hasta la mesa, tomando el auricular de la diestra de Gordon. Éste, para no molestar, anduvo pensativo hacia la ventana.

Hut V. Drake no era hombre que exteriorizara sus emociones, no era fácil que se delatara a sí mismo. Tenía sangre fría y lo había demostrado en multitud de ocasiones. Incluso, algunos del hampa aseguraban de él que había hecho un pacto con la mismísima muerte.

Palideció ligerísimamente mientras escuchaba atento al teléfono, sólo alguien que lo conociera bien hubiera podido advertir su hondo malestar.

—¿Ocurre algo, Drake? —preguntó Gordon cuando el agente hubo colgado.

—Se trata de Katty.

—¿Su hermana?

—Sí, mi hermana de diecinueve años.

El inspector frunció el ceño.

—¿Le ha pasado algo?

—Está en la Morgue.

—¡No! —exclamó sinceramente—. ¿Se trata de un accidente?

Drake aspiró hondo. Fueron como si en el despacho de Gordon no hubiera suficiente aire para sus pulmones.

—Drogas, es lo que me acaban de decir.

—¿Está seguro?

—Sí. Han terminado la autopsia y me ruegan que pase para reconocimiento. Por lo visto, el ayudante del médico forense la ha reconocido gracias a la portada de una revista femenina.

—Sí, ahora recuerdo que Katty era modelo. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Sabía usted que tomaba drogas?

Drake miró a su jefe como atravesándolo con sus pupilas aceras.

—¿Cree que lo hubiera permitido de saberlo? Vamos, inspector, usted, la superioridad, la Prensa, hasta el hampa, no aceptan la forma en que trabajamos, la forma de eliminar indeseables de Bucannon, pero ¿qué me dice ahora? Una chica de diecinueve años

muerta por los malditos estupefacientes. ¿Cree que se puede titubear en jalar el gatillo cuando se está frente a uno de esos hampones?

—Lo lamento, Drake. Ha sido un golpe muy duro para usted.

—Más lo ha sido para Katty.

Se apartó de la mesa para dirigirse a la puerta. Gordon le preguntó:

—¿Qué va a hacer ahora?

—Ir a la Morgue, aún me queda la esperanza de que haya habido una equivocación. No es que desee que otra chica muera en el puesto de Katty, pero es lógico y humano que piense así.

—¿Le acompaño, Drake?

—Como guste.

Drake prestó poca atención a su superior, prefirió realizar el trayecto en silencio, recordando a la juguetona Katty que un día súbitamente, se hizo mujer.

En la Morgue estaba el médico forense y el teniente Stanley de la brigada Metropolitana de homicidios.

Todos miraron a Drake, era un hombre conocido. Éste levantó una punta de la sábana y escrutó por unos instantes el rostro femenino, transfigurado por la muerte. Luego, dejó caer el lienzo.

—¿Es su hermana?

Hut V. Drake asintió con la cabeza a la pregunta del teniente Stanley al tiempo que preguntaba:

—¿Dónde la han encontrado?

—En la playa de San Rafael. Las olas la han traído hasta la arena. De ser al contrario, el oleaje del océano se la habría engullido. En principio parecía que se había ahogado bañándose, pero las prendas que llevaba no eran el bañador clásico, sino un *panty* y unos *brassiers* de seda. Mis hombres han buscado en los alrededores y no han hallado ropa alguna. Estaba totalmente sin identificar, ha sido una casualidad reconocerla por la portada de una revista.

El médico puntualizó:

—La muerte no le sobrevino por asfixia de agua en los pulmones. La autopsia ha revelado que había tomado bastante alcohol y había recibido una inyección de heroína, una dosis demasiado fuerte para una primeriza como ella. La dosis, mezclada

en la sangre con el alcohol, ha sido funesta, causándole la muerte. Ése será mi diagnóstico forense.

—¿Quieres decir que el que le haya inyectado la droga ha causado su muerte?

A la pregunta de Drake, el médico asintió:

—En términos legales, sí, ya que el alcohol lo había ingerido antes. Es como si alguien dispara tres tiros a un hombre y lo hiere gravemente sin matarlo. Se acerca luego otro con una navaja y le asesta una puñalada en el corazón, asesinándolo. Sólo el hombre de la navaja irá a la cámara de gas, porque él es el verdadero asesino y no el de la pistola, aunque de resultas de las heridas hubiera fallecido horas después.

—Bien, puesto que no es un caso de homicidio corriente sino que intervienen los narcóticos, me haré cargo de él.

El teniente Stanley carraspeó puntualizando:

—La Metropolitana también tiene brigada de narcóticos interestatal.

—Usted lo ha dicho teniente, interestatal y supeditada a la brigada de estupefacientes federal.

—Sin embargo, en este caso no se ha violado aún ninguna frontera interestatal —objetó el teniente.

—No busquemos las cosquillas, teniente, simplemente me hago cargo yo de buscar al asesino de mi hermana. Estoy metido en drogas y conozco bien el terreno que piso.

—De acuerdo, si el FBI se hace cargo de este problema, mejor para nosotros, pero si yo fuera su superior le apartaría del caso y enviaría a otro agente en su lugar. No creo que usted pueda ser demasiado objetivo en esta investigación, ya que de todos es conocida su fama de dureza.

Drake, con las manos apoyadas sobre la losa en la que descansaba el cadáver de su hermana, replicó sin mirar a Stanley:

—Piden guante blanco para esos criminales y luego ellos matan de esta forma repugnante.

El teniente Stanley y el médico saludaron brevemente debido a las circunstancias y se alejaron. El inspector jefe Gordon se acercó por la espalda a Drake.

—El teniente Stanley tiene razón. No puede ser objetivo, Drake.

—Vamos, inspector, lance su perorata. Nada conseguirá, es

como si tuviera algodón en los oídos.

—Comprendo su crisis, Drake, pero trate de ser más comprensivo.

—Seguiré adelante con este caso, cazaré a esos traficantes de drogas. No es la primera vez que veo un caso como el de Katty. Una chica bebe un poco y luego es fácil convencerla para que se deje dar una inyección, un viaje sicodélico. Sólo es una prueba, no cuesta dinero, es gratis. Malditos, luego la habitúan, la esclavizan y por último tiene que pagar a precio de sangre la droga que ya es imprescindible.

—Desgraciadamente, así es y es inútil que vayamos previniendo a todos los adolescentes. En las escuelas o clubs siempre hay hampones que van introduciendo la droga. Sin embargo, cuando se entere de esto el fiscal federal no dejará que sea usted quien se ocupe del caso. Me pedirá que nombre a otro. El teniente Stanley tiene razón, la Prensa ha hablado demasiado de Bucannon y Drake.

—El tándem Bucannon-Drake ya no existe. Bucannon ha dejado el FBI porque no le permiten matar asesinos. Yo todavía estoy en el FBI y seguiré en este caso, porque si me lo niegan será la segunda dimisión del día. Aunque sea investigando privadamente seguiré adelante sin cortapisas, sin piedad para esos hampones.

El inspector jefe suspiró. Hundió las manos en los bolsillos de su saco gris y dijo:

—Consultaré el caso con el fiscal federal y la superioridad.

—Haga lo que quiera. Si me ponen objeciones seguiré adelante de todas formas.

—Suerte, Drake.

El inspector Gordon se alejó, dejándolo a solas.

Drake sabía bien que iba a necesitar aquella suerte. En casos como aquél era problemático hallar al que había inyectado, pero aun eso no era lo más difícil.

Lo casi imposible era hallar al jefe de la banda de traficantes. Siempre caían peones, simples vendedores y los cerebros escapaban, pero en aquella ocasión, Hut V. Drake se había propuesto llegar a la cabeza.

Ya no trabajaría en colaboración con Bucannon, un experto en la investigación de los narcóticos como él. Trabajaría en solitario, como un lobo separado de la manada en pleno invierno, con diez

pies de nieve bajo sus patas y los colmillos afilados, dispuestos a dar dentelladas.

CAPÍTULO III

—Buenos días, señor Drake. Katty no ha venido hoy.

—No vendrá más, *madame*.

La mujer, nacida en Boston, pero que voluntariamente cargaba su voz con acento francés para tener mejor clientela en su alta *boutique*, era una cuarentona que no podía dejar de parpadear vivamente interesada cuando miraba a Hut V. Drake, al que conocía bien por haber ido a recoger a Katty en muchas ocasiones.

—¿Cómo, acaso no le pago bien su trabajo?

—Sí, *madame*, le paga bien, pero ella no volverá. Lo que quisiera saber es adónde fue ayer.

—Pues, no lo sé. Por la mañana estuvimos aquí pagando modelos —explicó remarcando el acento galo para hacerse más interesante y tratando de erguir un busto que ya no respondía.

—¿Y por la tarde?

—La tuvieron libre, tenían que venir hoy. Por cierto, su amiga Nicole tampoco ha aparecido esta mañana. Disculpe por Katty, pero esas chicas son muy versátiles e inconstantes, no sé si es su juventud o la vida que llevan. Salen mucho, fuman mucho y beben mucho. En fin...

—Bien, *madame*, nada más por el momento, pero es posible que vuelva para hacerle algunas preguntas. Trate de recordar lo que sucedió ayer y todo lo que se refiera a Katty.

—Pero ¿por qué? Aún no me ha dicho por qué no vendrá más Katty por aquí.

—Ha muerto.

Drake dio media vuelta y se alejó dejando pálida a la propietaria de la *boutique* donde Katty trabajara en vida.

Al volante del «Pontiac», Hut V. Drake se dirigió a los

apartamentos Iron, situados al este de la ciudad, un complejo de tres edificios de diez plantas. Piscinas, campo de tenis y otros deportes completaban el hermoso y caro lugar.

Katty y su inseparable amiga Nicole, tan sólo un año mayor que ella, tenían rentado uno de los apartamentos.

Prefirió pasar por alto la conserjería y dirigió sus pasos directamente al apartamento de las muchachas, situado frente a la gran piscina. Pulsó el timbre con insistencia, mas nadie salió a abrirle.

Sacó de su bolsillo un pequeño y seleccionado juego de gonzúas y escogiendo una de ellas la introdujo en el ojo de la cerradura. La abrió pasando al interior del apartamento.

Éste se hallaba en el más completo desorden. En las paredes, pegadas con chinchetas, fotografías y primeras páginas de revistas donde Katty y Nicole habían aparecido como modelos. Algunos libros empolvados, un tocadiscos muy usado, gran variedad de discos y el armario abierto de par en par. La mitad del mismo estaba vacío, al igual que los cajones.

—Nicole se ha ido.

No cabía duda. Allí sólo quedaban las cosas de Katty. La joven y rubia Nicole había desaparecido apresuradamente con sus maletas y sus vestidos dentro de ellas.

Abandonó el apartamento bajo el fuerte sol que hacía brillar las aguas de la gran piscina. Si el sol seguía cayendo tan intenso sobre ella, Hut no dudaba que acabaría por sacar vapor.

Abandonó el complejo y recordó que Nicole le había hablado de un motel en la carretera éste, un motel que regentaban sus hermanos, tres grandullones de Tennessee que habían abandonado su granja para edificar el motel a veinte millas de la entrada general de San Francisco por la carretera del Este.

El lugar estaba bien escogido, ya que los automovilistas que llegaban a San Francisco preferían detenerse allí, dormir durante la noche, asearse y entrar renovados y limpios en la cosmopolita y farragosa ciudad de las amplias calles, el tranvía funicular renqueante, pero útil, los grandes y bellos parques, la gran densidad demográfica china. Era el primer núcleo asiático de los Estados Unidos, pasear por sus calles era como estar en la propia China.

No recordaba siquiera si Katty o Nicole le habían dicho el

nombre del motel, pero enfiló la carretera del Este tras rodear la ciudad por su cinturón de asfalto. Fue leyendo los nombres de los moteles que hallaba a su paso.

Tennessee Motel. Drake sonrió, debía ser aquél.

Nicole podía contarle muchas cosas sobre las andanzas de Katty la noche anterior.

Frenó el «Pontiac» con suavidad y no tardó en quedar frente al conserje del motel. Katty no había hablado de más al llamarles grandullones.

Hut V. Drake era alto, rayaba el metro noventa, pero aquel sujeto que tenía delante le pasaría pulgada y media por lo menos. En cuanto a peso, sus veinticinco kilos más que Drake no se los quitaba nadie.

—¿Habitación?

—Oiga, tengo curiosidad.

—¿Curiosidad, por qué?

—¿Compra la ropa de confección o paga a su sastre por horas?

—Vaya, es usted gracioso.

—Sólo era una observación, hoy no estoy de buen humor. Dígale a Nicole que quiero verla.

El grandullón frunció el ceño replicando:

—No sé de quién habla.

—Vamos, pequeño, estoy hablando de su hermanita. No creo que haya olvidado su nombre.

—¿Para qué la busca?

—Quiero charlar un poco con ella, eso es todo.

—No está aquí. Vive en la ciudad.

—Ya lo sé, pero acabo de pasar por su apartamento y no estaba. He supuesto que habría venido a ver a sus hermanitos.

—Quizá buscase protección contra alguien que trataba de molestarla.

—Es posible y a mí me gustaría saber quién es ese alguien.

—¿Ahora es usted el que se hace el tonto?

—¿Acaso tengo cara de idiota? A lo peor sí, pero le advierto que no lo soy y que ando algo escaso de paciencia.

—La llamaré.

Pulsó el timbre varias veces consecutivas y no tardó en abrirse una puerta que daba a la pequeña recepción del motel.

—Vaya, en vez de aparecer Nicole salen otros dos hermanos a cuál más pequeñito.

—Es que las mujeres de Tennessee tienen muchas delanteras y los niños lactamos más que en otras partes, por eso crecemos tanto.

—Bien. ¿Qué quieren ahora? Prometo no secuestrar a Nicole. ¿Qué historia les ha contado esa chiquilla para venir a refugiarse aquí?

—Largo, olvídense de que existe el Tennessee Motel. Será bueno para su salud. Los aires de por aquí suelen ser malos para los huesos, a veces se rompen incomprensiblemente.

—Vamos, niños, déjense de hacer los brutos y díganle a Nicole que quiero hablarle. Me llamo Drake y soy hermano de Katty.

Los tres hermanos cambiaron una mirada de inteligencia y fue el menor de ellos quien se acercó por la espalda de Hut. Poniéndole las manos en los hombros lo empujó al tiempo que decía:

—Le han dicho largo. ¿Es que no oye?

El codo de Drake se hundió en la boca del estómago del grandullón, el cual se encogió.

Drake se apartó y asiéndolo por la nuca lo empujó hacia delante. Cruzó una puerta sin haber girado el pomo antes. Naturalmente, la puerta se hizo astillas.

—¡A por él, Humphry! —pidió el que estaba tras el mostrador a su hermano todavía en pie.

Drake encajó una embestida en pleno tórax que le dio la impresión de haber quedado atrapado por una locomotora contra una pared de cemento. Luego, siguió un puñetazo que habría retratado su cabeza en el muro de no agacharla a tiempo.

El yeso se hundió y los nudillos de Humphry se despellejaron mientras gruñía de dolor. Un punterazo en su mentón le cerró la boca, tumbándolo de espaldas.

El tercero atacó como un búfalo, cerrando los ojos, dispuesto a empotrarlo contra la pared. Drake se apartó y abrió la puerta. El grandullón salió al exterior, claro que Drake le había puesto la zancadilla y rodó sobre el empedrado que daba paso a la entrada de la recepción del motel.

A distancia vio cómo una chica rubia colocaba apresuradamente las maletas en un convertible, disponiéndose a marchar con él. Drake corrió hacia ella cuando el auto se ponía en marcha.

—¡Quieta!

—¡Déjeme, déjeme en paz! —gritó ella.

Drake saltó al interior del auto. Quitó las llaves de contacto y de un manotazo en la rodilla le quitó el pie del acelerador, deteniendo el coche.

—¿Por qué tanta prisa en marcharte, Nicole?

Era evidente que la mujer estaba asustada.

—Soy libre y puedo irme a donde quiera.

—¿Huyendo de la policía o de los asesinos de Katty?

Al escuchar la doble pregunta, Nicole se derrumbó. Apoyó sus manos contra el volante y ocultó su rostro entre los brazos, sollozando amargamente. Drake suspiró, tenía que esperar a que la crisis nerviosa menguara.

Los tres grandullones se habían recuperado y aunque algo magullados, avanzaban hacia Drake. Uno llevaba una llave inglesa, otro una estaca y el tercero una pesa de halterofilia con diez kilos en cada una de las bolas.

—Nicole, se me ha olvidado decirles a tus hermanos que soy agente federal y no pienso raptarte. Ellos, además de grandullones, son algo tercos, claro que yo, en su caso, también defendería a mi hermana si estuviera viva.

Nicole alzó la cabeza del volante y todavía con lágrimas en los ojos se encaró con sus hermanos.

—Dejadlo en paz. Es agente federal.

Los tres hermanos se miraron entre sí. Humphrey preguntó:

—¿Va a detener a nuestra hermana?

—No. Que yo sepa no hay motivos para detenerla. Sólo quiero hablar con ella, ya lo he dicho antes, sólo que son algo duros de oído.

—¿Estás en problemas, Nicole? —preguntó el mayor.

Ella buscó aire. Secó sus ojos y respondió:

—Mi amiga Katty ha sido asesinada y él es su hermano. Yo nada tengo que ver y mejor será que colabore con la ley.

—De acuerdo —aceptó el hermano mayor. Mirando a Drake añadió—: Cuando quiera proseguir la diversión con nosotros, dígalos; le estaremos esperando.

—Por hoy ya me he divertido suficiente. Ahora será mejor que lleve a Nicole a tomar el aire, creo que le hace falta.

—De acuerdo.

—Iremos en mi coche.

La chica obedeció sin resistencia, sumisamente. Subían ya al «Pontiac» cuando Drake se encaró con los tres hermanos.

—Regresen sus maletas a la habitación. Si en algún lugar ha de estar segura, creo que será entre ustedes.

El «Pontiac» se puso en marcha, diluyéndose entre los millares de vehículos que circulaban por la carretera.

—¿Adónde me lleva? —preguntó la muchacha apenas sin voz.

Drake desvió su mirada hacia ella. Por primera vez, su atención masculina reparó en la mujer. Nicole era extraordinariamente bonita, de ojos azul claro y cabello largo y rubio. En cuanto a lo que había oído hacía poco sobre las mujeres de Tennessee, Nicole no iba mal provista. Sin embargo, toda su figura era armónica.

También reparó en la extra minifalda que llevaba, mostrando unas hermosas y sedosas piernas.

—Cuando alguien se siente triste y vive en San Francisco lo mejor es ir a pasear por entre un bosque de secuoias. Da serenidad, se siente uno pequeño, insignificante y al mismo tiempo grande comparado con los troncos milenarios de esos árboles gigantescos.

Ella se recostó sobre el asiento y cerró los ojos. Drake pensó que posiblemente no habría dormido en toda la noche. Estaba agotada, angustiada, por ello era lógico que al sentir un poco de paz se durmiera.

Pese a temer la presencia de Drake, al hallarse junto a él se había sentido segura y como el niño junto a su madre se había dormido apaciblemente.

Hut condujo el auto con lentitud, sin prisas ni movimientos bruscos que pudieran despertarla, máxime ahora que al irse deslizándose su cabeza había terminado por apoyarse en su hombro.

Cuando Nicole volvió a abrir los ojos, a través del parabrisas vio las grandes y majestuosas secuoias. El automóvil estaba parado y Drake, junto a ella, fumaba un cigarrillo. En aquel instante se dio cuenta de que se hallaba materialmente volcada sobre el hombro masculino.

—Oh, perdone —dijo incorporándose.

—No hay nada que perdonar. Espero que te hayas repuesto de la fatiga pasada y te ruego que me tutees. Soy mayor que tú, pero sólo

algunos años. Además, Katty era tu mejor amiga, ¿no es cierto?

—Sí. Yo apreciaba mucho a Katty y ella me había hablado mucho de ti.

—Supongo que tú también le hablarías de tus tres hermanitos.

—Discúlpalos, ellos sólo quieren protegerme. Soy la única chica y aunque vivo independiente se sienten mis custodios, como no tengo padres.

—No todas las chicas tienen hermanos que sepan vigilarlas.

Apartando el cabello dorado que se agolpaba a su rostro musitó:

—No debes culparte por su muerte. Ambas vivíamos un tanto alegremente.

—Paseando entre los árboles charlaremos mejor.

Salieron del coche y el uno junto al otro caminaron bajo la sombra agradable de los gigantes del reino vegetal.

—Me han amenazado de muerte —dijo ella de pronto.

—¿Quién?

—Lo ignoro.

—¿Qué te exigen?

—Que me olvide de la fiesta y que me marche a otra ciudad. Si me ven por San Francisco me matarán, es lo que han dicho.

—¿Eres testigo de la muerte de Katty?

—Bueno, yo me sentí algo mareada, hacía calor.

—¿Habías tomado mucho alcohol?

—No, sólo unos refrescos, igual que Katty, pero en esas fiestas suelen añadir alcohol a los refrescos de las chicas.

—Lo sé, prosigue.

—Vi que Katty se ponía mala. Se desmayó y cayó a un sofá. Luego, se la llevaron del salón. Pregunté por ella y me dijeron que no me preocupara. Bueno, yo me sentía muy mal también.

—¿Te inyectaron?

Ella bajó la cabeza, avergonzada.

—No pude evitarlo, fue una situación estúpida. Por lo visto, llevaba algo de alcohol y sin saber por qué ni cómo, me encontré en una salita. Había muy poca luz y varias chicas reían. Había chicos también y un hombre alto hablaba suavemente. Decía que íbamos a pasarlo muy bien, que sabríamos lo que era disfrutar. Comenzó a inyectar.

—¿El solo?

—Sí, creo que sí. Había también dos chicos, pero ellos no le ayudaban, creo que estaban excitados como nosotras. Se oían muchas risas. A mí no me gustó aquello, pero el ambiente nos dominaba. Llegaba una música furiosa hasta nosotros, una música sicodélica. Cuando noté en mis venas la inyección, tiré del brazo y gracias a Dios la mayor parte del contenido de la ampollita, se derramó sobre mi brazo desnudo. Recuerdo que aquel hombre se irritó y me propinó una sonora bofetada. Los demás, rieron, Katty también.

—¿Y luego?

—Salí a la terraza a aspirar la brisa del mar. Todo dentro de mí ardía. Katty se quedó con los demás en la salita, imagino que aquello se convertiría en una locura. Luego, salieron. Había pasado una hora, quizá dos. Katty estaba indispuesta. Fue cuando se desmayó y se la llevaron. Yo, aunque mareada, insistí para llevarla al apartamento, pero no me hicieron caso. Sentí miedo. Llegué al apartamento y me duché con agua fría, pero no conseguí dormir. Tenía los nervios desquiciados. Al amanecer, en un parte radiofónico de noticias, me enteré de que una chica había sido hallada en la playa. Katty no había aparecido por el apartamento. Me vestí, salí a la calle y los periódicos habían madrugado más que yo. La foto de Katty estaba en una página sin importancia, pero era ella, no cabía duda. Sonó el teléfono.

—¿Con la amenaza?

—Sí. Me dijeron que Katty había tenido mala suerte, que había fallecido estúpidamente. Que me olvidara de todo si no quería aparecer en la playa como ella y que me alejara de San Francisco.

—¿Fue cuando decidiste acogerte a la protección de tus hermanes?

—Sí.

—Bien. ¿Y el sujeto que llevaba la droga?

—Le llamaban Fish. Iba vestido de blanco, tendría como cuarenta años y mucho cabello. Creo que Katty y yo reíamos comentando que seguramente llevaría peluca, que aquel pelo no podía ser natural.

—¿No sabes nada de él?

—No.

—Katty fue hallada en la playa sin nada que la identificara.

—Así lo ley en el periódico y te juro que me asusté más todavía.

—¿Te das cuenta de que tú eres un testigo de cargo contra ese tal Fish y quienes le acompañen en el tráfico ilegal de estupefacientes?

—Sí, y tengo miedo. Creo que es humano mi temor a morir, no quiero que me suceda como a Katty. ¡Es tan horrible todo esto!

—Sí, Nicole, y por ser tan horrible hemos de poner remedio. Debemos hallar a esos tipos y tú me ayudarás.

—¿Yo? —Se asustó deteniéndose junto a una de las más grandes secuoyas, cuyo tronco no hubieran podido abarcar veinte hombres con los brazos en cruz.

—No puedo obligarte a ello, Nicole, pero esa gente no terminó su trabajo. No es solamente Katty quien ha muerto. Mueren muchos jóvenes y los que no mueren, quedan convertidos en piltrafas humanas al pasar el tiempo, según el vicio avanza. Yo sé que querías a Katty como si fuera tu hermana y estoy seguro de que desearás que pague quien la ayudó a morir. El FBI y yo te protegeremos. Tú eres una pieza clave para inquietar a esos hampones. Un testigo siempre es mala cosa.

—También están los otros que se hallaban en la salita.

—Sí, pero ellos tomaron toda la droga y sus facultades quedaron perturbadas. Sólo tú tienes una idea clara de lo sucedido. Puedes afirmar que bebiste refrescos y, sin embargo, te sentiste mareada, lo que indica que te embriagaron con alcohol. Luego, que fuiste llevada a la salita junto a otros y podrás contar ante el gran jurado lo que ocurrió en ella.

—Si digo eso, los periódicos van a hacer correr la tinta. Saldrán muchos nombres a relucir.

—¿La gente que estaba en la fiesta?

—Si. Había personas ricas, de la alta sociedad de San Francisco.

—En la alta sociedad hay también mucha podredumbre, tú lo sabes. Hacen fiestas, y como las mujeres de esos ricachos suelen ser adefesios invitan a las modelos bonitas como vosotras para que alegren el ambiente.

—La verdad es que no sé por qué ni quién daba esa fiesta. Nos telefonearon diciendo que podíamos ir, que lo pasaríamos muy bien. Que habría gente importante y quizás algún productor de Hollywood.

—Y como las modelos siempre estáis esperando el contrato de un productor que se fije en vosotras, acudisteis rápidamente.

—Sí.

—¿A cuántas fiestas semejantes habéis ido?

—Bueno, ni Katty ni yo nos habíamos topado con drogas anteriormente, pero fiestas mundanas, sería difícil contarlas.

—Y yo sin conocer vuestros pasos, dónde se metía Katty —gruñó indignado—. ¿Quién os avisó de esa fiesta?

—Un muchacho que conocimos en un hotel de la costa en uno de los desplazamientos que con frecuencia debemos realizar. Se llama Tommy, un buen chico. Nos miraba con ojos de carnero, tanto a Katty como a mí. Dijo que era de San Francisco. En principio hicimos una amistad ligera, pero él dijo que nos proporcionaría unos *tickets* gratis para una fiesta. Acudimos y él estaba allí. A partir de aquel día nos hemos visto poco, pero siempre que había alguna fiesta a la que podíamos acudir nos avisaba por teléfono.

—¿Cobraba o pagaba algo por ello?

—No, era simple amistad. Sin embargo, ahora que lo dices, nos enviaba obsequios de vez en cuando. En una ocasión que no acudimos a una de sus fiestas se enojó mucho con nosotras. Quisimos replicarle, pero recordando los favores que nos había hecho, los regalos que nos enviaba y las fiestas a las que nos podía dar entrada, callamos.

—¿Dónde vive ese Tommy?

—Lo ignoro.

—¿Su teléfono?

—Tampoco. Él era siempre quien nos llamaba. En cuanto a sus fiestas, no todas eran muy limpias. Más de una vez, Katty y yo nos marchábamos cuando el ambiente se caldeaba, temiendo que pasara a mayores.

—Comprendo. Ahora dime, ¿esas fiestecitas siempre se celebran en el mismo lugar?

—No, se hacían en mansiones del interior, hoteles costeros o casas de ricos en el propio San Francisco.

—¿Y la casa de ayer?

—Está en el cuatrocientos cincuenta de la Doce Road, frente a la playa. Es una mansión construida hará unos cincuenta años, muy

regia, pero no de mi gusto. Tiene un gran vestíbulo-salón con una escalinata ascendente. Al término de la baranda, como sosteniéndola, hay una pilastra cariátide de mármol que es una mujer desnuda. Recuerdo que admiré su belleza.

—No sería superior a la tuya.

—¿Cómo lo sabes, si no has visto la estatua?

—Te estoy viendo a ti. —Suspiró—. Ahora, será mejor que regresemos. Tengo que dar un vistazo a esa mansión.

—¿Y yo?

—Tú no te dejarás ver por el momento. En el motel de tus hermanos estarás bien. Diles que la próxima vez que me vean no me busquen bronca. Soy amigo tuyo.

—Descuida, se lo diré, pero no creo que a ti te haga falta que ellos tengan buenos modales. Jamás pensé que alguien sólo pudiera contra los tres.

—Bueno, ellos me han dicho... —Recordó la propiedad especial de las mujeres de Tennessee y no tuvo más que mirar a Nicole para constatarlo. Prosiguió—: que habían tomado buena leche, será que yo tomo buenos filetes.

Regresaron al «Pontiac», que aguardaba entre los troncos de dos enormes secuoias de aquel milenario bosque que cubría la desnudez de su suelo con un agradable césped que la sombra de los gigantes vegetales hacía que se conservara fresco y verde.

CAPÍTULO IV

—¿Qué desea?

Hut V. Drake observó a aquel sujeto estirado, vestido de negro y con más aire de inglés de Cambridge que de californiano.

—Hablar con el propietario de la casa. Según mis noticias se llama Donald Webb.

—En efecto, el dueño de la mansión es el señor Webb.

—Supongo que usted tiene otro nombre.

—Soy el mayordomo del señor Webb o ayuda de cámara, hago de todo un poco y le voy a rogar que llame en otra ocasión. El señor no puede recibir ahora.

Drake estiró su pie para no encajar un portazo en las narices. Luego, por la puerta entreabierta, mostró su identificación.

—Agente federal en servicio. Haga el favor de llamar al señor Webb.

—Jenkins, ¿qué ocurre?

El mayordomo de aquella hermosa finca, situada frente al océano Pacífico, repuso:

—Un policía quiere hablarle.

—¿Un policía? —repitió la voz cascada y vieja desde el interior de la casa.

Al abrirse la puerta, Drake pudo ver a un anciano encajado en una silla de ruedas que él mismo maniobraba.

—Soy agente federal, señor Webb. Desearía hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué? ¿Acaso he cometido algún delito, federal?

—Eso no lo sé todavía, señor Webb. Si me deja pasar, hablaremos más tranquilamente.

—Jenkins, ¿qué hace como un idiota? Deje entrar al agente.

El mayordomo carraspeó dejando el paso franco a Drake. El viejo inquirió:

—¿Dónde prefiere hablar, en la biblioteca, en el salón o en la terraza?

—Mejor en la terraza, hace mucho calor.

—Como guste. Cualquiera día de éstos tendré que hacer instalar un acondicionador. Creo que los hacen baratos y de poco consumo. La casa es muy grande y en ella sólo vivimos Jenkins y yo.

—¿Nadie más?

—No. Viene una mujer todas las mañanas a limpiar y la comida la traen del restaurante. Es más barato que contratar a un cocinero y puedo variar siempre de platos.

Al pasar por el salón vio la gran escalinata con la cariátide desnuda de que le habló Nicole. No cabía duda, aquélla era la casa.

La terraza era muy amplia, de unos quinientos metros cuadrados, con bancos y árboles cuidadosamente plantados. Daba cara al océano y se estaba bien en ella. Seguramente, aquella mansión había visto tiempos mejores de los Webb, si es que no había pasado por manos distintas.

—Bien agente, usted dirá. ¿Cuál es el problema?

—¿Qué sucedió ayer noche aquí en su casa?

—¿Y yo qué sé?

—¿Cómo?

—Parece como si creyera que me estoy burlando de usted, agente.

—No me dirá que no sabe nada de la fiestecita, ¿verdad?

—¿De qué fiestecita habla?

—De la que ayer noche se celebró en esta casa, señor Webb.

Contra lo que Drake esperaba, el anciano de la silla de ruedas se echó a reír. Fue una carcajada seca y sarcástica que hizo fruncir el ceño del federal.

—He llegado esta mañana de Los Angeles, agente. Ayer no estuve en mi casa y, por tanto, no se celebró ninguna fiesta. No soy amigo de las fiestas. Mire mis piernas y lo comprenderá.

—Sin embargo, ayer hubo aquí una fiesta, una repugnante fiesta.

—Hum, no sé de qué me está hablando. Se habrá confundido de casa.

—En absoluto.

—¡Jenkins! —gritó Webb.

El grave mayordomo, único sirviente de aquella casa, demasiado grande para dos hombres solitarios, apareció preguntando:

—¿Llamaba el señor?

—¿Cuántas llaves tiene la casa?

—¿La casa?

—Sí, idiota, eso te he preguntado.

—Dos, señor.

—¿Llevas la tuya encima?

—Sí, señor Webb, aquí está. —La mostró sacándola del bolsillo de su chaleco como quien enseña un trofeo.

—Bien agente, aquí está la otra. —Hundió la mano en su bolsillo y de pronto se puso grave—. Vaya, parece que no la llevo encima. ¡Jenkins!

—Diga, señor.

—¿No has visto mi llave por alguna parte?

—No, señor.

—Diablos, ¿dónde la habré metido?

Drake miró al mayordomo y dijo tajante:

—Búsquela, me interesa mucho esa llave.

—¡Vamos, idiota, busca la llave, ya te lo ha dicho el agente!

—Sí, señor.

Cuando Jenkins se alejó, Drake aclaró:

—Usted ha estado en Los Angeles, ¿desde cuándo?

—Desde hace cuatro días. Allí tengo una hermana. Suelo visitarla de vez en cuando. Los dos nos sentimos solos.

—En esta casa ambos podrían vivir bien sin temor a tropezarse.

—Es posible, pero supongo que usted no ha venido a solucionar problemas familiares.

—No, sólo a aclarar el asunto de la fiesta. Por lo visto, mientras usted se hallaba en Los Angeles, alguien que conocía bien esta circunstancia ocupó su casa.

—Es absurdo, no puedo creerlo. No falta nada de mi casa a excepción de la llave que al parecer he perdido.

—O se la han hurtado.

—¿Para qué habrían de hurtarme la llave si no me han robado nada?

—Para ocupar la casa por unas horas, simplemente.

—No me diga. ¿Y qué han estado haciendo en mi casa en el supuesto de que lo que usted dice sea cierto, lo cual no creo, porque no hay vestigio alguno de haber pasado nadie por la casa en nuestra ausencia?

—Una fiesta. Exceso de bebida, situaciones equívocas y toma de drogas.

—Caramba, no ha dicho usted nada, ni un club de baja estofa hace más.

—Sí, eso creo yo también, lo malo es que hubo una chica muerta.

—Diablos, eso ya es más grave. Insisto en que no puedo creer que haya sido mi casa el lugar de reunión de esos drogadictos o lo que sean.

—Yo tengo una testigo que afirma que sí.

—No he encontrado la llave, señor Webb —dijo súbitamente el mayordomo.

Se había acercado por la espalda de Drake, sin apenas nacer ruido.

—Pues al parecer tendré que empezar a preocuparme y pensar en cambiar la cerradura. Puede registrar la casa en busca de pistas, pero no creo que haya nada. Yo soy muy observador y no he hallado nada anormal.

—¿Quién sabía que usted iba a ausentarse, señor Webb?

—Nadie. No suelo avisar de mis viajes.

—Sin embargo, la fiesta estaba proyectada para ayer noche. Mejor será que usted no haya intervenido en nada, señor Webb. Aclararé este asunto más tarde o más temprano daré su justo merecido a los culpables.

Achicando las pupilas, Webb observó:

—Parece que se toma este asunto como cosa personal.

—La chica muerta era mi hermana. Ahora, con su permiso, daré una ojeada a la casa.

Donald Webb, pálido, no respondió. Drake se alejó seguido por Jenkins.

En el salón no había rastro alguno de la fiesta nocturna. Quienes la habían organizado eran expertos en tales trabajos, sabían borrar bien las huellas.

Pasó a la biblioteca y luego cruzó una puerta que daba a una

salita empapelada en color lila.

Quedaba algo oscura y supuso que era la que se había utilizado para iniciar en el vicio de la droga a las chicas y muchachos allí conducidos.

Buscó sin resultado. Unas manchas en el suelo eran poca cosa, sin embargo, lo anotó en su mente para que los compañeros del laboratorio fueran a examinarlas más detenidamente. Ello podía constituir alguna prueba.

Hut Drake se dirigió a la salida, no deseaba perder más tiempo allí. ¿Donald Webb y su criado serían tan inocentes como aparentaban? Eso también tendría que averiguarlo.

—¿Ha encontrado algún rastro, agente?

Drake se volvió, ya cerca de la puerta. Al otro lado del salón se hallaba el anciano impedido en su silla de ruedas.

—No lo sé todavía, señor Webb, pero la casa deberá ser registrada más a fondo.

—Creo que el señor Webb ha sido excesivamente amable con usted —terció Jenkins.

—No hará falta revisar más la casa, ¿verdad? —inquirió el propio Webb.

—Me temo que sí, aunque será asunto del fiscal federal. ES pedirá una orden de registro al juez.

—Oh, no es necesario —se apresuró a decir Webb pacífico—. No quisiera que mi nombre se viera envuelto en papelotes judiciales y todo por culpa de quienes han invadido mi casa.

—El colaborar siempre ayuda, a todos, señor Webb.

Tras aquellas palabras, con una ligera inclinación de cabeza, el federal abandonó la mansión.

Estaba seguro de que Nicole no había mentido respecto a ella. ¿Cómo si no, le había mencionado la cariátide de la escalinata?

CAPÍTULO V

Las escasas nubes que flotaban sobre la ciudad semejaron tomarse más oscuras. Anochecía y una brisa oceánica liberaba a la ciudad del calor asfixiante del día.

Hut V. Drake dobló por una callejuela solitaria del East Side y detuvo su automóvil frente a un portal el tiempo suficiente para que un individuo, apenas una sombra furtiva, abriera la portezuela correspondiente a los asientos posteriores y se introdujera en él, arrinconándose para evitar ser visto desde el exterior.

—Busque cualquier parque poco concurrido. Ahora que es de noche no me podrán reconocer.

—Está bien, Jeringa.

El hombrecillo estaba un tanto inquieto. Sabía que el ser confidente de la policía podía acarrearle serios problemas, posiblemente la muerte si alguno de los perjudicados lo identificaba.

—No te preocupes, Jeringa, nadie va a verte.

—¿Qué quiere de mí, Drake?

—Información.

—Le advierto que el pozo se seca y no da más de sí.

—En esta ocasión dará todo el agua que le pida.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Si no me ayudas, te meto entre rejas.

—Eh, eh, tenemos un pacto.

—No lo olvido, pero esta madrugada han matado a una chica de diecinueve años con drogas y esa chica era mi hermana. ¿Comprendes ahora?

—Diablos, no quisiera estar en el pellejo del culpable.

Drake introdujo el «Pontiac» por los senderos solitarios de un

parque público donde nadie pudiera fijarse en su pasajero.

—Al tipo que busco le llaman Fish.

—¿Fish?

—¿Lo conoces?

—¿Es un tipo alto, cuarentón, que suele ir vestido de blanco?

—El mismo.

—Procede de Nueva York. Por lo que yo sé de él, hace poco que opera en San Francisco, pero me temo que el nombre le cuadra. Es escurridizo como un pez.

—De atraparlo me encargaré yo. ¿Dónde puedo localizarlo? No deseo tener que repartir retratos robot para que lo detengan. Prefiero habérmelas con él. Imagino que la pandilla no se compone de él solo y quiero apresarlos a todos. Si lo meto a él en la cárcel habrá estampida y sería difícil cazar al resto. Los quiero a todos.

—No he trabajado para ese Fish, por lo visto hace una labor más bien personal. No ha buscado a los contactos pequeños de San Francisco, al parecer desea llevar el negocio por su cuenta y riesgo, quizás a lo grande.

—¿Quién es su proveedor?

—No lo sé, él no lo va pregonando.

—Aún no me has dicho dónde puedo localizarlo.

—En el Marte Club si hay suerte. No suele acudir siempre, pero allí creo que tiene a su chica, una canadiense muy hermosa. Ahora, me largo, yo mismo volveré a pie al centro de la ciudad. Si me ven en el coche de un federal, los compañeros me asesinan. Otra vez, cíteme en un lugar más seguro. Acepto su protección, pero si me ha de costar la vida no me interesa.

—Aguarda, Jeringa. ¿Qué sabes de un joven llamado Tommy?

—Hay muchos Tommys en San Francisco, millares de ellos.

—Sí, pero creo que éste revolotea alrededor de Fish. Puede ser su cómplice.

—De todas formas, no soy un archivo viviente.

—Está bien, pero si averiguas algo me lo cuentas. —Sacó del bolsillo unos billetes, que tendió por encima de su hombro al confidente del mundo del hampa.

—Diablos, ¿paga doble?

—Sí, el caso me interesa mucho.

—Comprendo, un asunto personal.

Abandonó el automóvil, perdiéndose entre las sombras del parque.

* * *

Nicole se sentía agobiada por las miradas inquisitivas y apremiantes de sus tres hermanos y por sus palabras. Deseaba taparse las orejas para no oírlos.

—Vamos hermanita, ¿en qué lío te has metido? ¿Quién es ese tipo?

—Un federal, ya os lo he dicho.

—Es difícil de creer —opinó Humphry.

Lee, el mayor, gruñó:

—Por la forma en que nos arreó es posible que lo sea. Dicen que los preparan muy bien en la academia del FBI.

—¿Qué quiere de ti?

A la pregunta de Jimmy, el menor de los hermanos, ella respondió:

—Ha muerto Katty, mi mejor amiga, con la que compartía el apartamento, ya os lo he dicho, y el FBI investiga ahora el asunto. Además, da la casualidad de que Hut, el agente federal, es su hermano.

—¿Investiga la muerte de su hermana como federal o como asunto personal? —inquirió Humphry, el más suspicaz de los tres.

—Lo ignoro, lo único que sé es que soy la única testigo que tiene para llevar a los traficantes de drogas a la cárcel.

—¿Traficantes de drogas?

La exclamación de Lee inquietó a Nicole.

—Os juro que yo no soy adicta a las drogas. Puede asegurarlo cualquier médico.

Humphry estiró su mano y le propinó tal bofetada que la tumbó de espaldas contra el lecho.

—Debimos suponerlo. Demasiada libertad, demasiada alegría en el vivir, mucho pasar modelos.

Jimmy objetó:

—Ella ha dicho que no toma drogas y tiene derecho a que se le crea.

—A mí me parece que está metida en un buen lío y cualquier

día, si hace caso a ese federal, la vemos en un juicio admitiendo ser drogadicta. El nombre de nuestra familia se arrastrará por el lodo, e incluso, puede que registren este hotel buscando drogas. Perderemos la clientela.

Nicole, frotándose el rostro enrojecido por el bofetón, espetó:

—¡Estáis locos! Y yo que creía que podría confiar en vosotros...

—Nosotros te protegeremos, pero a nuestra manera, hermanita.

—¿Y cuál es vuestra manera?

—Incomunicándote.

—¿Cómo?

—Que te incomunicaremos. En el motel hay un sótano espléndido para eso.

—Pero ¿por qué? Hut ha dicho que vendría a buscarme cuando hiciera falta.

—No permitiremos que vayas más con ese tipo, que te deje en paz. Tú no te mezclarás en líos de policías y delincuentes. Además, el permanecer encerrada durante un tiempo te hará reflexionar sobre la conducta que debes seguir en adelante. Vas a ser una buena chica, nosotros cuidaremos de ti.

—¿Es que no comprendéis que lo que quiere la policía es descubrir a unos traficantes y asesinos, porque a Katty la mataron ellos? Yo también estuve a punto de morir, quisieron inyectarme y escapé de milagro.

—Si escapaste, mejor que mejor. Ahora irás al sótano. Deja a los federales que se las arreglen a solas con los hampones, para eso cobran. Tú no debes meterte en asuntos que no te incumben.

—Es que yo quiero colaborar con la ley para que puedan castigar a esos delincuentes que asesinaron a Katty y después la arrojaron al océano.

—Cuando viniste a pedirnos ayuda no querías saber nada de nada. Nos dijiste que tenías miedo, que unos tipos te habían amenazado. Te preguntamos quiénes habían sido y nos dijiste que no lo sabías.

—Y es cierto, Humphry, no lo sé todavía, pero reconocería al sujeto si lo viera.

Lee gruñó:

—El polizonte ése la ha convencido para que colabore, lo que sólo puede acarrearle problemas. Lo mejor es que le ayudemos aun

en contra de su voluntad. La metemos en el sótano y listos. Si el federal viene a preguntar le diremos que la enviamos de regreso a Tennessee y si quiere verla, que se vaya a Tennessee, donde jamás la encontrará.

—¡No podéis encerrarme, no podéis hacer eso conmigo! ¡Yo no soy una esclava ni una cautiva!

—Tú harás lo que te digamos, hermanita. Nosotros sabemos lo que te conviene. Anda, Jimmy, llévala al sótano y pon la mesa sobre la trampilla. No será fácil que la levante desde abajo, la mesa pesa mucho; es de haya maciza.

—¡No consentiré que me hagáis eso! ¡Yo pensé que erais mis hermanos, pero no sois más que unos brutos pueblerinos!

Fue inútil que chillara.

Jimmy se la cargó sobre los hombros como si fuera una res y se la llevó al sótano. Levantó la trampilla y la bajó dejándola allí pese a que ella tiraba de las perneras de sus pantalones para escapar. Al fin, la trampilla fue cerrada, aunque el sótano tenía luz eléctrica y catre para dormir.

Nicole rompió todo lo que le vino en mano, mas no pudo impedir que la mesa fuera instalada sobre la trampilla y su fuerza era impotente para levantarla.

—¡Nicole!

Se extrañó al oírse llamar desde arriba por Jimmy, quien tras comprobar que estaba solo se había decidido a hablarle.

—¿Qué quieres pedazo de bruto?

—Yo creo que no tienes culpa y te ayudaré en lo que me pides.

—Pues sácame de aquí inmediatamente.

—Eso no puedo hacerlo, pero sí llamar a tu amigo el federal.

—¿Qué?

—Puedo decirle donde te encuentras, claro que si Humphry y Lee lo descubren, habrá bronca y tendré que estar con ellos para apalear al federal.

—Bien, Jimmy. Si pregunta por mí dile lo que ocurre.

—Está bien, pero bajo su riesgo y responsabilidad. Humphry y Lee están de malas. No aceptan bien que tu amigo nos haya atizado a los tres juntos.

—Gracias, Jimmy, confío en ti.

La noche había llegado y Jimmy no tardó en ver cómo aparcaba

frente al motel el «Pontiac» oscuro del agente.

Drake descendió del automóvil y pasó a la conserjería donde le recibió Humphry.

—¿Qué busca?

—Quiero hablar con Nicole.

—Lo siento, ya no está aquí, de modo que puede largarse.

—¿Que Nicole no está aquí? Si le pedí que me aguardara en este motel bajo el amparo de ustedes.

—Pues ya ve, no está.

—¿Adónde ha ido?

—A Tennessee, a ver a la familia. Allí estará más segura. Nos ha contado el lío en que se ha metido y hemos creído más conveniente meterla en el autobús para Tennessee. Los aires de allá son más sanos que éstos.

—Creo que han cometido una estupidez.

—No tiene usted que decirnos lo que debemos hacer para proteger a nuestra hermana.

—¿No les ha dicho que es una testigo de cargo muy valiosa?

—Hay muchos testigos de cargo que los liquidan, de modo que si quiere verla váyase a Tennessee. Ahora, no moleste más; tengo trabajo.

Drake, decepcionado, suspiró y se dirigió a su coche, aparcado bajo la luz del luminoso que anunciaba el motel a los automovilistas nocturnos que se dirigían o salían de San Francisco.

Al llegar al «Pontiac», al otro lado del mismo y de modo que no pudieran verlo desde la conserjería, un hombre lo llamó:

—¡Agente!

Drake se volvió, descubriéndolo cerca de él.

—Tú eres uno de los hermanos de Nicole.

—Sí, soy Jimmy, el menor.

—¿Y vienes a decirme que Nicole no se ha marchado a Tennessee?

—¿Cómo lo sabe?

—Puede que parezca idiota, pero no lo soy. ¿Dónde la tenéis?

—En el sótano. Humphry y Lee no quieren que se meta en más líos. Le han dado un bofetón y si los enfurece le propinarán una verdadera paliza.

—¿Y tú por qué me ayudas?

—Por Nicole, yo la creo.

—Comprendido, Jimmy —asintió Drake mientras encendía parsimoniosamente un cigarrillo por si le estaban observando desde el motel y se extrañaban de que no se alejara en su automóvil.

—¿Seguro que no le pasará nada malo?

—Yo la protegeré, Jimmy. Sólo quiero decirte que Nicole es esencial para descubrir a los asesinos de mi hermana, que era íntima amiga suya. Tú que estimas a Nicole comprenderás lo que debo sentir hacia quienes han asesinado a Katty.

—Sí, lo entiendo y espero que no me defraude. Nicole confía en usted.

—Y tú también harás bien en creer en el FBI. Los hombres como yo lió sólo protegemos a nuestras familias, sino también a las vuestras. Nicole podía haber muerto también o, lo que es peor, quedar viciada por las drogas y de ese mal hubiera sido muy difícil rescatarla a pesar de vuestra buena voluntad y fuerza. Esos hampones son más peligrosos y dañinos de lo que parece.

—Yo no puedo ayudarle, agente, pero si busca a mi hermana está en el sótano del motel.

—¿Y por dónde se baja al sótano?

Por la cocina, tiene una puerta que da a la parte trasera del motel. Una pesada mesa cubre la trampilla. Si alguien no retira la mesa, ella no podrá salir.

—Gracias, Jimmy, no te preocupes de nada más. Escóndete detrás de otro coche, yo me ocuparé del resto. No sea cosa que tus hermanos te descubran y haya bronca más tarde.

Tomando el camino de regreso a San Francisco, Drake rodó un cuarto de milla. Detuvo el «Pontiac» junto a la carretera, se apeó de él y deshizo el camino hasta el motel, buscando las sombras para no ser visto. Rodeó el motel y cual visitante furtivo, buscó la puerta de la cocina que franqueó con una de sus ganzúas.

Escuchó voces de los hombres de Tennessee. Aguardó en la oscuridad y cuando las voces se alejaron, retiró la mesa que resultó tan pesada como le habían indicado. Levantó la trampilla y apareció el sótano, iluminado por luz eléctrica.

—¡Nicole!

—¡Hut!

—Vamos, sube antes de que tus hermanos me descubran o

habrán puñetazos a destajo y no quiero arrugarme el traje. Tus hermanitos son un poco brutos.

Nicole se apresuró a trepar por la escalera de madera, apareciendo en la cocina.

—Ellos me han secuestrado aquí abajo para que no me meta en más líos.

—Tus hermanos tienen una forma muy particular de protegerte. ¿Cómo no han elegido un panteón con un ataúd de granito?

—He tenido suerte de que no lo pensaran. Son tan brutos que lo habrían hecho.

Drake cerró la trampilla y corrió la mesa nuevamente, dejándola en su estado primitivo para que no fuera descubierta enseguida la fuga.

Salieron.

Nicole, cogida de la mano de Drake, le siguió caminando junto al borde de la carretera hasta llegar al «Pontiac».

Jadeante, la chica preguntó:

—¿Adónde me llevas?

—Es posible que puedas identificar a alguien. Es importante que lo hagas si hay suerte, claro. Primero quiero advertirte que a partir de ahora correrás algunos riesgos. Yo trataré de ser tu ángel tutelar, pero puedo fallar, es decir, pueden liquidarme a mí y luego a ti.

Ella tragó saliva.

—Seguiré adelante, Hut. Lo que no voy a hacer de ninguna forma es buscar más ayuda de mis hermanos.

—De acuerdo. Sube al coche, hay mucha tarea por delante. La noche sólo hace que comenzar.

El «Pontiac» reanudó la marcha con más rapidez que antes.

Los neumáticos giraron a gran velocidad, devorando el asfalto. Era como si la ciudad de las colinas, plagada de luciérnagas artificiales, les atrajese con un poderosísimo imán de cuyo influjo magnético no pudieran escapar.

Arriba, la luna semejaba seguir su ruta en el firmamento oscuro, punteado de estrellas agostinas, como si no deseara abandonarlos.

CAPÍTULO VI

El Marte-Club tenía un ambiente pseudomodernista. Fuerte sicodelismo en la luminotecnia y la música. Para no salir con dolor de cabeza había que entrar con un par de algodones en los oídos para contrarrestar el salvaje ataque de los decibelios y gafas oscuras para los destructores fotones que en una gran variedad cromática e intensiva enloquecían y perforaban las retinas con los cañonazos de luz intermitente, luces que brotaban de todas partes, incluso del suelo. Era como sumergirse en un caos interestelar.

En la pista danzaban y gritaban, aunque debido a la fuerte música apenas se oían, *hippies*, *beatnicks* y otras especies que no eran más que la tapadera del local.

Aquel sistema de luces era casi más eficaz que una total oscuridad para no poder identificar a alguien o para que las figuras furtivas de los delincuentes pudieran escapar antes de ser apresados por la ley.

Drake había grabado en su mente las peculiaridades del hombre que andaba buscando y a su vez no deseaba espantar a la caza. Por ello, anduvo entre mesas y sillas con cierta sinuosidad, propia de un felino que camina con sus patas silenciosas entre el bosque, casi confundiéndose con él.

El ruido era infernal. A Drake le pareció que habían conectado dos tocadiscos a la vez con músicas sicodélicas y estridentes, confundiéndose los dos ritmos. En la mezclanza salía algo horrible, algo que, sin embargo, hacía saltar a los de la pista y bostezar de angustia vital a los que se hallaban esperando en las mesas ni ellos mismos sabían el qué.

Una chica le estiró del brazo. La miró. Ella, con un gesto, le pidió un cigarrillo. Hut se lo dio y tras haber visto su rostro en uno

de los cañonazos de luz, prosiguió su camino por aquel mundo caótico. Al lado de aquello, las antiguas casas o castillos encantados de los parques de atracciones resultaban infantiles y Satanás habría de inventarse algo nuevo para atormentar a toda aquella gente cuando cayera en sus manos.

La barra del bar estaba iluminada sin intermitencia por una luz roja que sólo permitía al camarero ver lo que cobraba a sus clientes. Allí, sobre uno de los altos taburetes y explicando cosas, al parecer divertidas, a cuatro chicas de cabellos largos y pantalones mugrientos que reían, estaba Fish.

Aquel cuarentón que deseaba rejuvenecerse vistiendo de blanco, parecía bastante fuerte y dinámico, un tipo que gustaba de rodearse de chicas y gozaría al ver brincar a sus víctimas bajo los efectos de los alucinógenos que él mismo inyectaba.

Drake había mirado pocas veces con odio a los hampones, pero en aquella ocasión hubo de apretar las mandíbulas para no ir directo contra él y aplastarlo a golpes.

Aquel sujeto había enviado a Katty al infierno y arrojado su cuerpo al océano para que se lo engullera calladamente, desapareciendo como si jamás hubiera existido.

Se acercó al grupo sonriendo, pese al esfuerzo que ello le representaba. Las chicas reían. Fish lo miró y la sonrisa del federal no le hizo recelar.

Como si fuera a pedir algo al camarero, Drake se puso entre las chicas. Sacó su mano y se apoyó sobre Fish al tiempo que le decía en la misma oreja para no tener que gritar y sí ser escuchado:

—Si cometes una tontería te mato. Tienes el cañón de mi pistola entre las costillas.

La risa se heló en la boca de Fish, convirtiéndose en una mueca de sorpresa y miedo. Bajó la mirada. La escasa luz no le permitió ver el arma, pero sí notó la presión de la misma en su cuerpo.

—¿Qué quiere?

—Camina. Afuera nos esperan para una juerga. Vamos, tengo poca paciencia y muchos deseos de llenarte de plomo. Sé bueno y vivirás —musitó en medio de la vibrante y ensordecedora música.

Fish miró preocupado a las muchachas, éstas continuaban riendo. Nadie se había percatado de lo que le estaba sucediendo y sintió miedo. Tuvo deseos de escapar, mas el cañón del arma entre

sus costillas era difícil de esquivar. Drake seguía sonriendo, seguro de sí mismo.

—¿Qué quiere de mí?

—Camina.

De súbito, Fish arrojó el contenido de su vaso al rostro de Hut, deseando cegarlo con la fuerte bebida que contenía, pero el federal, siempre prevenido contra todas las tretas, agachó su cabeza y la que resultó mojada fue una de las chicas. Las otras rieron mientras ella gritaba frotándose la cara. La gente que había alrededor no dio al hecho la menor importancia, pero Fish lanzó un gruñido de dolor. El cañón de la «Browning» de Hut le propinó un fuerte y punzante golpe entre las costillas.

—A la próxima, te mato —silabeó sonriente—. Camina.

Mientras la chica mojada seguía chillando y las demás reían, Fish anduvo entre las mesas, seguido de cerca por Hut V. Drake. Antes de llegar al vestíbulo de salida, el federal advirtió:

—Si haces el menor gesto, si avisas a alguien, te frío a balazos y me largo.

—Pero ¿qué quiere de mí? Yo no le conozco.

—Hablar un rato contigo.

—¿Sobre qué?

—Luego te lo digo. Andando.

A Fish no le quedó otro remedio que obedecer y de este modo salieron a la calle.

Drake andaba junto a él, sin despegársele y Fish estaba viendo que no se las había con un novato.

—Bien, ya estamos en la calle. Ahora, ¿qué?

—Aquí al lado hay una calleja solitaria donde podremos charlar más a gusto.

—Creo que se ha equivocado, amigo. Andará buscando a otro que no soy yo.

—Es posible, pero sé que a ti te llaman Fish.

Palideció y tragó saliva dificultosamente. Ya no cabía duda, aquel sujeto del que aún ignoraba que era agente federal, iba a por él.

—Pues yo no le conozco de nada. No recuerdo su rostro y soy buen fisonomista.

—Fish, ¿sabes una cosa?

—Si no me la cuenta...

—Me agradecería que ahora echaras a correr tratando de escapar. Fish lo miró sorprendido.

—Que el diablo lo entienda.

—Soy buen tirador, le doy a un níquel a treinta pasos de distancia y vacío todo el cargador de la «Browning» en menos tiempo que nadie. Si te propongo que escapes es para dejarte como un colador. Estaría dispuesto hasta a darte cierta ventaja. ¿Quieres huir, por favor?

Fish vio aquella sonrisa helada en el rostro de Drake y se apresuró a decir:

—No tengo por qué escapar pero ¿por qué quiere matarme?

—¿Acaso no lo mereces, Fish?

—Si me mata lo llevarán a la cámara de gas.

—¿A mí a la cámara de gas? Vamos, Fish, no me hagas reír. Se me ha olvidado decirte que soy agente federal —aclaró mientras doblaban por la calleja solitaria y maloliente donde habían aparcados varios coches sumidos en la oscuridad.

—¿Un federal? Yo no tengo pleitos con la ley.

—Eso no me lo creo.

—Pues es cierto. Además, ignoraba que los agentes federales sólo tuvieran ansias de matar, claro que algo he leído en los periódicos sobre eso.

—Sí, respecto a un tal Bucannon y Drake. Drake soy yo.

Ya internados en la calleja, con la espalda casi pegada a la pared de ladrillos, Fish habló preocupado.

—Oiga, agente, usted se equivoca. Yo no tengo pleitos, no sé por qué me busca.

—Tú eres uno de esos repugnantes traficantes de drogas. Vamos, ponte de cara a la pared. Coloca las manos en tu nuca y no te muevas. Sólo deseo un pretexto para matarte, es bueno que lo recuerdes.

—Aunque sea un agente no puede matar impunemente.

Drake lo registró con dureza, quitándole una pistola automática «Colt» 45, muy brillante y totalmente cromada.

—Parece que no llevas estupefacientes encima.

—No puede acusarme de nada. No tendría razón si me matara.

—¿Sabes cómo se llamaba la chica que habéis tirado al océano

esta madrugada después de haberla asesinado con una inyección de droga tras haberle hecho ingerir una fuerte dosis de alcohol disimulada con un refresco?

—No sé de qué me habla —balbució.

—Katty Drake. ¿Comprendes ahora por qué sólo deseo un pretexto para liquidarte?

—Katty Drake —repitió sin poder disimular su sorpresa.

Hut lo asió por el brazo y lo giró bruscamente tras guardar en su bolsillo la pistola con que le encañonó antes.

—Sí, una chica de diecinueve años. ¿A cuántas como ella has perdido, miserable?

Fish encajó un puñetazo dolorosamente. Quiso replicar con otro, pero Drake fintó el golpe y proyectó un directo a la boca del delincuente que comenzó a sangrar.

Fue inútil que Fish tratara de replicar. La destreza de Drake era muy superior y de hallarse sobre un *ring*, los entendidos habrían opinado que lo hacía bailar como a un pelele.

Drake trató de castigarle poco el rostro, pero le molturó el cuerpo hasta que las rodillas del hampón se doblaron, casi incapaces de sostenerlo. Su impecable traje blanco se ensució y todo él semejó desenchajado.

Drake, sin piedad, lo agarró por la parte posterior del cuello de su chaqueta y lo arrastró hasta el «Pontiac» allí aparcado.

Lo alzó en el aire y ordenó:

—Fotografíalo.

Fish no comprendía, pero vio que la ventanilla del auto estaba abierta y por ella asomó una cámara fotográfica con *flash* incorporado. El fogonazo del mismo lo cegó por unos instantes.

—Escúchame, Fish.

—Yo no sé nada —tartamudeó exhausto por la paliza recibida.

—Tú eres un pez, pero un pez chico dentro de todo. Yo quiero atrapar a toda la banda, en especial al que la dirige. También deseo apresar a los que traen la droga en el momento oportuno. Sé bien cómo trabajáis. Tú las inyectas, pero si te cogemos resulta que no llevas nada encima para que podamos acusarte. Otro te proporciona la droga y las jeringas. Cuando terminas, las devuelves y te ves libre. Conozco el negocio, Fish, y sólo vas a salvarte si cantas de plano.

—No sé nada, insisto en que no sé nada. Quiero un abogado. Pagaré caro este atropello.

—No creas que vas a escapar, Fish. Considero este asunto como personal y te juro por mi madre que todos pagaréis caro lo que habéis hecho. Por supuesto, tú puedes rebajar tu pena si me facilitas las cosas para aprehender al resto de la pandilla.

—¡No sé nada!

—Ese cuento también lo conozco. ¡Nicole!

La joven asomó por la ventanilla del «Pontiac».

—¿Qué quieres, Hut?

—¿Lo identificas?

Fish miró a la joven asustado.

—Sí, es él. Inyectó a Katty asesinándola y a mí también trató de inyectarme. Como no quise, me abofeteó. Puedo jurarlo ante una Corte.

—Ya has oído, Fish. Si quisiera, ahora mismo te llevaba conmigo. Te metería entre rejas y vería que el fiscal te acusara de homicidio con el agravante de la utilización de narcóticos.

—¡Eso no es cierto!

—Sí lo es, Fish. Tengo una testigo y sé dónde celebrasteis la fiesta. Mis compañeros están sacando pruebas en la mansión de los Webb, lo que no sé todavía es a quién pagasteis para que os cediera la casa, si al viejo o al criado. Es una forma muy práctica la de alquilar casas para vuestros sucios negocios. En un club se os podría localizar demasiado pronto. Tratáis de iniciar a los jóvenes en la droga para luego esclavizarlos y venderles el resto de la mercancía a precios escandalosos, una forma como otra de hacerse ricos, claro, que ésta es una de las más repugnantes que conozco.

—¡Esta mujer miente! —chilló Fish aterrado.

—No miento, Hut, es él.

—Ya lo has oído, Fish, y el jurado la creerá a ella antes que a ti. Estás con la cuerda al cuello y no me costaría nada apretar el lazo. Ahora mismo podría darte un puntapié y ponerme a cierta distancia. Te llenaría de plomo y luego completaría el informe como que has tratado de escapar y he tenido que liquidarte. Nicole testificaría conforme te ha reconocido como al asesino de Katty, y el asunto quedaría cerrado de un carpetazo. Sin embargo, no voy a matarte por ahora. Me entregarás a toda la pandilla, tienes

veinticuatro horas para decidirte. Yo te esperaré en el extremo sur del Golden Gate Bridge y será inútil que trates de escapar. Voy a repartir tu fotografía a todos los aeropuertos, estaciones marítimas y estaciones ferroviarias; a la policía estatal, al control de carreteras y a la Metropolitana. Añadiré que eres un asesino peligroso y te barrerán a balazos en cuanto intentes huir. Estás perdido. Sólo puedes ayudarte a ti mismo entregándome al resto de la pandilla, en especial al jefe. Ahora, largo, corre antes de que me arrepienta y empiece a balearte.

Fish, aterrado, echó a correr. Cayó de bruces, manchando aún más su ya nada impecable traje blanco. Se incorporó y siguió corriendo.

Hut V. Drake abrió la portezuela del «Pontiac» y se introdujo en él.

Nicole opinó:

—Le has dado muy duro, ¿no crees?

—Cuando recuerdo a Katty, pienso que he sido demasiado blando. Tengo que cazar a toda la banda, ése es mi propósito.

—¿Crees que denunciará a sus compinches?

—Cuando un hombre está asustado hace muchas cosas. Sin embargo, confío más en la confusión que creará en la banda. El miedo y el recelo es el peor enemigo entre ellos. Cometerán alguna tontería y esa tontería será la que los conduzca a la cámara de gas. Contigo como testigo, podría enjuiciar a Fish, pero un buen abogado le rebajaría la pena a unos años de cárcel. Sin embargo, Fish me teme. Sabe que es un asunto personal y no desea morir. Lo primero que hará es buscar protección y comenzarán las dudas, las suspicacias, el miedo a ser atrapados. De esta forma me sería muy difícil meter entre rejas a los demás miembros de la banda.

—¿Y si pese a tus amenazas quisiera huir?

—No lo hará, conozco a esa gentuza. Ni siquiera voy a repartir su fotografía, no merece la pena. Está suficientemente asustado.

Ella le cogió una mano y preguntó suave:

—¿Te has desahogado golpeándolo?

—No me tomes por un sádico. He tenido que pegarle fríamente.

—¿Por qué?

—Para amedrentarlo. Ahora buscará a sus compinches. Al mismo tiempo, en la confusión de la pelea le he introducido un

diminuto micrófono en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Para qué?

—Sabré lo que hace, lo que habla, adónde va.

—¿Y podrás ir corriendo a capturar al resto de la pandilla?

—No soy ningún novato recién salido de la academia, Nicole. Si fuera tras ellos para capturarlos ahora, carecería de pruebas suficientes para enjuiciarlos a todos. A lo sumo podría acusarlos de tenencia de drogas, lo que les proporcionaría una pena de prisión mínima. No, sólo escucharé y esperaré a que cometan su torpeza. Una hora es poco, pero veinticuatro son muchas para que se vayan poniendo nerviosos.

Nicole abrió mucho sus ojos, de una bella tonalidad azul claro.

—Creo que me doy cuenta de lo que te propones.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quieres que ellos mismos maten a Fish y entonces él cargo será por homicidio.

—De cualquier forma, se ha de hacer justicia a la muerte de Katty. Yo jamás he disparado fríamente y si los compañeros de Fish se convierten en sus verdugos, el destino habrá hecho justicia y los demás también acabarán en la cámara de gas posiblemente. Muchas chicas como tú y Katty se librarán de tipos semejantes que sólo desean perderos para su lucro personal.

Hut llevaba en el «Pontiac» una especie de transistor que puso en marcha. Se escuchó música estrepitosa y, sobre ella, más clara, la voz de Fish:

—Tommy, Tommy...

—¿Qué sucede, Fish? ¿Qué te ha pasado? Estás hecho un asco —respondió el tal Tommy, cuya voz reconoció al punto Nicole.

—Es el que nos invitaba a las fiestas, no hay duda —exclamó la joven.

—¿Lo ves? La banda va apareciendo poco a poco. Sólo había que darle cuerda y la llave para esa cuerda consistía en una paliza para Fish.

Del interior del receptor brotó de nuevo la voz de Fish.

—El FBI nos ha descubierto.

—¿Cómo?

—Vamos a otra parte, hay que decírselo al *boss*. La situación está difícil, me estoy jugando el cuello.

—Sí, vámonos.

Hut V. Drake miró a Nicole y dijo:

—¿Te das cuenta? Ya empieza a ponerse en marcha la trampa en la que han de caer todos.

—Pero ¿crees que mañana estará esperándote en el Golden Gate Bridge?

—No. Posiblemente aguardarán varios para balearme.

—¿Y acudirás a la cita?

—Por supuesto que sí, Nicole, yo jamás he sido un cobarde. Quedan algunas horas por delante y lo mejor que podemos hacer es ir a descansar.

—Si regreso al motel de mi hermano habrá bronca.

—Sí, es cierto, y si vas a tu apartamento te expones a que te eliminen. Ese Fish sabe lo peligrosa que resultas para él, eres su testigo de cargo.

—¿Y dónde puedo ir, si ni siquiera he cogido las maletas con mis ropas?

—Vendrás conmigo, en mi apartamento estarás segura. Bueno, si no te da reparos pasar la noche conmigo.

Nicole estiró su mano y la descansó sobre la rodilla del hombre con una sonrisa.

Hut sacó el paquete de cigarrillos que tendió a la joven. Ésta encendió dos pitillos, el primero de los cuales pasó a los labios del hombre mientras éste maniobraba con el automóvil para abandonar la calleja.

CAPÍTULO VII

El joven y ladino Tommy conducía el «Ford» por la Road 14, dejando atrás la ciudad. En el desvío de la milla quince de la autopista pasaron a una carretera de tercer orden que se introducía por unas colinas yermas, donde apenas crecían los cactus espinosos. Después, junto a un gran saguaro, tomaron un camino polvoriento, abandonando la carretera. Se abrieron paso con los potentes focos del automóvil.

—Ese agente federal llamado Drake es de temer.

—Creo que estás demasiado asustado, Fish. Nunca te había visto igual.

Esbozó una mueca de desagrado y replicó:

—Cuando me dijo que la chica muerta era su hermana creí que iba a llenarme de plomo. Te juro que se me secó la garganta.

—Los federales no matan a tontas y a locas —ironizó Tommy.

—Ése ya me ha advertido que se lo tomaba como mi asunto personal.

—Lo que no entiendo es cómo te ha dejado escapar si dices que es tan peligroso.

Fish observó de reojo a su compañero que seguía horadando la oscuridad del páramo con la luz intensiva.

—No tiene suficientes pruebas, pero ha dicho que acabará con todos nosotros.

—Al *boss* no le ha gustado esta cita de emergencia.

—Tiene que ayudarme a salir del Estado. Ese polizonte me ha fotografiado por sorpresa y ha dicho que va a llenar California con mi retrato. Si intento escapar, me barrerá a tiros. Ésas han sido sus palabras.

—Veremos qué dice ahora el *boss*. Nos está aguardando.

En efecto, junto a una derruida cabaña construida con piedras, ya que allí los troncos de árboles eran inexistentes, había un auto oscuro con sus luces apagadas, pero que brilló bajo los faros del «Ford» recién llegado.

Aquella cabaña en mitad del páramo era guardiana de un pozo ya seco. Allí sólo vivían los crótalos y las tarántulas. No era un sitio recomendable para nadie y aquellos traficantes de narcóticos lo habían elegido como punto de reuniones. Allí se hacían los planes, allí se repartían los alucinógenos, allí se cobraba el dinero ganado con el ilícito y repugnante negocio.

Tommy detuvo el «Ford» a escasa distancia de la puerta. Ambos se apearon.

—La cabaña está a oscuras. Parece que no hay nadie.

—Ya sabes que al *boss* no le gusta que lo vean. Debe de ser un pez muy gordo que mantiene su posición social con el dinero de las drogas y no permite que ni nosotros mismos lo veamos. Estoy seguro de que si alguien lo identificara, lo mataría sin vacilar.

Con una linterna, Fish fue el primero en entrar en la cabaña. El haz de luz escrutó el interior de la misma escrupulosamente.

—No hay nadie.

—Esperaba afuera. Podía tratarse de una trampa.

Tommy y Fish se volvieron en redondo. Tras ellos estaba el *boss* enfocándolos con una potentísima linterna que en el primer instante los cegó.

El *boss* era un sujeto alto, fuerte, seguro de sí, pese a la capucha que cubría enteramente su rostro. Hablaba de forma enérgica y dominante.

—Hay problemas —se apresuró a decir Fish entre aterrorizado y excusante.

—Sólo hay que verte la cara para darse cuenta. Entrad.

Tommy y Fish pasaron delante al interior de la cabaña. En el centro de la misma había una mesa ajada sosteniendo una botella de *bourbon* vacía en cuyo gollete había clavado un cabo de vela a modo de funcional candelabro.

—¿Enciendo la vela? —preguntó Tommy.

—Sí —asintió el *boss*.

—Era preciso reunimos.

—Bien, Fish, ahora lo explicarás todo, pero primero sacad las

armas que llevéis encima y ponedlas sobre la mesa, también todos los objetos metálicos. Ya conocéis mi modo de pensar.

—Sí, no se fía de nadie —admitió Tommy.

—Yo no llevo pistola ni navaja —se apresuró a decir Fish.

—¡Qué raro! ¿Dónde está tu cromada pistola «Colt» 45?

—La he perdido.

—Estúpido, seguro que te la han quitado.

Tommy depositó sobre la mesa una eficaz

«P-38»

y una navaja automática con cuatro pulgadas de hoja punzante.

—Levantad las manos, rápido.

Registró a Tommy hábilmente y le dio el visto bueno. Luego hizo lo propio con Fish, pero su mano quedó quieta sobre el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Qué llevas ahí dentro?

—¿Yo? Nada.

El encapuchado introdujo los dedos en el bolsillo y sacó un objeto no mayor que un dado de póquer.

—¿Qué es esto?

—Lo ignoro.

—Estúpido, ¿no ves que es un microemisor, que todo lo que has hablado lo han estado escuchando en otra parte?

Propinó dos fuertes bofetadas a Fish que éste aguantó estoico y cobarde.

El boss arrojó al suelo el microemisor y lo destrozó de un talonazo, apareciendo los diminutos resortes que lo hacían funcionar.

—Pues, es cierto —dijo Tommy—. Hemos estado hablando de muchas cosas, pero que yo recuerde, en ningún momento de venir hacia aquí.

—Fish, te creía más listo —gruñó el encapuchado.

—Habrá sido el polizonte. Me ha golpeado y...

—Sí, y durante la pelea te ha metido el microemisor en el bolsillo sin que tú te dieras cuenta. Luego, te ha dejado ir y tú corriendo a abrir la boca.

—No sospechaba esto.

—Ese policía es más listo que tú, Fish. Te ha asustado con la paliza. Pareces novato. Creí que había traído de Nueva York a un

experto en el negocio de los estupefacientes y resulta que eres un ingenuo.

—Es que el polizante ése es el hermano de la chica muerta.

—¿Cómo? —se sorprendió el encapuchado.

—Sí, es su hermano y dice que toma el caso como un asunto personal. Por milagro no me ha dejado tumbado en mitad de la calleja con varias onzas de plomo en las tripas.

—Cuéntame con detalle y deprisa, Fish. No quiero perder más tiempo aquí. Es posible que te hayan seguido.

—No, no nos han seguido.

—Vamos, aligera —apremió el *boss* que fulminaba a Fish con sus pupilas, que podían verse por los orificios abiertos en la capucha.

—Yo estaba en el Marte Club cuando...

Contó lo sucedido, a excepción del plazo que le habían dado para que los delatara.

—Magnífico, te has comportado como un imbécil y además hay una testigo que puede llevarte a la Corte. Allí te acusarán de perversión de menores, tráfico ilegal de drogas y homicidio por la muerte de esa chica. Si escapas a la cámara de gas, será un milagro.

—Eso es lo que yo temo. Amenacé a Nicole de muerte creyendo que se largaría asustada, pero por lo visto ha ido a contar al FBI lo ocurrido.

—Estás trabajando muy mal, Fish.

Tommy aclaró:

—Esa Nicole es la que estaba más despejada en la fiesta. Podríamos capturarla y traerla aquí tres o cuatro días, dándole un viaje tras otro con narcóticos. Cuando la soltáramos, no sabría lo que se decía. Ningún jurado la creería. Además, luego se arrastraría a nuestros pies para que le diéramos más tomas.

—¿Tú sabes dónde vive?

—Sí, puedo encargarme de buscarla.

—Bien, Tommy, ocúpate de ella. No quiero que se agrave la situación por su causa. Inyéctale drogas, vuélvela loca si quieres. Luego, como bien has dicho, nadie va a escuchar lo que diga y la fiesta será olvidada. En cuanto a ti, Fish, aún no nos has dicho por qué te dejó escapar el federal.

—No tenía pruebas suficientes para condenarme.

—No sigas, estúpido. Me has dicho que te podía haber matado

allí mismo, máxime considerándolo un caso personal.

—Se lo habrá pensado mejor.

—Sí, mejor. Le ha puesto el microemisor para cazarnos a todos, por eso lo ha soltado.

—Ésa es una parte de la verdad, Tommy, pero hay más. ¿Verdad, Fish?

—¿Más? No entiendo.

Con la mano de revés, el encapuchado tornó a castigar el rostro de Fish. Decididamente, aquélla no era su noche de suerte.

—No te hagas el idiota. El federal te ha propuesto benevolencia si nos delatas a todos, ¿no?

Fish pensó que el *boss* poseía el don de la clarividencia, de la telepátia: conocía el pensamiento de Hut V. Drake.

—Yo sólo deseo que me facilite la forma de huir del Estado, sólo eso. El ha dicho que me cerrará todas las salidas, pero si me da la parte del negocio que me corresponde, me las arreglaré para salir del Estado, aunque sea disfrazado de mujer.

—Pero, Fish, si yo sé que tú no quieres delatarnos. Sólo deseas huir porque ves tu cabeza en peligro. ¿Qué es lo que pretende el polizonte? Vamos, dilo con confianza, sólo deseo estar prevenido contra él.

Fish tragó saliva por enésima vez aquella noche. La garganta se le secaba. Miró al encapuchado y a Tommy, éste también parecía preocupado.

—Me ha dado veinticuatro horas para ponerlo todo en sus manos.

—¿Qué comprende ese «todo»?

A la pregunta del *boss*, Fish repuso nervioso:

—Pues, a Tommy, a usted, a Jenkins, la droga, las listas de adictos, etcétera.

—¿Y dónde te ha citado?

—En el Golden Gate Bridge, en el extremo sur.

—Muy bien, Fish, yo sé que no quieres delatarnos, pero ¿por qué nos ocultabas este detalle de tanta importancia?

El encapuchado preguntaba frío, cínico, como no dando importancia a lo que sucedía. Fish temía lo peor.

—No deseaba inquietar a nadie. Sólo quiero mi parte y largarme antes de que el federal me pille. Ese tipo me mata, ya lo creo que

me mata y yo no quiero morir todavía. Sé que es un caso personal para él. ¿Quién iba a suponer que el hermano de aquella estúpida a la que le dio por morirse era un federal?

—Ése es un error tuyo y de Tommy. Debisteis investigar mejor los futuros clientes.

—Katty no explicó nada. De la otra sí sé que tiene tres hermanos. Creo que tienen un motel en la carretera del este, se llama Tennessee o algo así.

—Pues recuérdalo bien, quizá tengas que ir a buscarla allá. Si dices que tiene tres hermanos, habrá ido a buscar protección entre ellos.

—Es una buena sugerencia —admitió Tommy—. Si no está en su apartamento iré a buscarla entre sus hermanos.

—¿Me da mi parte? —apremió Fish.

—Tú y Tommy fuisteis quienes echasteis el cadáver de la chica al agua, ¿no?

—Sí —asintió Fish—, pero el oleaje no estaba a nuestro favor y la encontraron en la arena. Todo salió mal.

—Todo se puede remediar. En este juego hay que eliminar una pieza principal.

—¿A quién? —preguntó Tommy.

—Al federal Drake. Si se ha tomado el caso como personal será peor que un lobo solitario. Atacará a dentelladas, luchará sin cuartel y un elemento así, capaz de utilizar todas las tretas con tal de salirse con la suya, no importa lo que haga, resulta demasiado peligroso para dejarlo vivo.

—¿Y quién lo matará?

A la pregunta de Tommy, el encapuchado respondió:

—Jenkins es un hombre frío, silencioso. Puede ir a verlo como para comunicarle algo confidencial. Después, se borran las huellas y listos.

—Pero eliminar a un federal puede ser demasiado peligroso —gruñó Tommy.

—Sí, es peligroso, pero conozco bien a esa gente y si Drake se lo ha tomado como asunto personal, estará trabajando solo, de modo que si lo liquidamos a tiempo no dejará pistas para quienes averigüen su propio asesinato.

—Si lo eliminamos a él y enloquecemos con narcóticos a esa

Nicole, no hará falta que huya Fish —opinó Tommy.

—Es que Fish insiste en marchar, ¿verdad?

—Pues sí. Me han fotografiado y no quiero verme entre rejas. Luego te hacen un tercer grado y terminas hablando. Prefiero regresar a Nueva York, aunque para ello me hace falta un poco de dinero. He trabajado bien hasta ahora y creo que unos miles de dólares me los he ganado limpiamente.

—Claro que sí, Fish, pero no hará falta que te marches. Te quedarás aquí para siempre.

—¿Cómo?

—¿No has dicho que si te cazaban terminarías por hablar? —recordó el encapuchado.

—Bueno, era un decir, yo...

El *boss* sacó una «Luger» con la que lo encañonó.

Fish retrocedió un par de pasos, pero el ángulo interior de aquella cabaña construida con piedras y cubierta de ramas secas para protegerse del sol, ya que allí jamás llovía, le impidió continuar.

—Aguarde, aguarde, yo no le he delatado, sólo quiero marcharme, eso es todo.

—Sí, vas a marcharte, pero al infierno. Mis cordiales saludos para Satanás.

—¡No, por favor! ¡Me marcharé sin dinero, como sea, pero no me mate!

—Eres demasiado cobarde para hacerte caso, Fish. Serías un soplón espléndido para la policía. Ahora sólo eres un estorbo, un peligroso estorbo que está a punto de estropear un negocio que mucho me ha costado iniciar. Lo siento, Fish. Yo pago bien a quien trabaja, pero doy su merecido a quien comete estupideces como tú.

Tommy quieto, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, vio cómo el *boss* jalaba el gatillo tres veces.

Fish acusó los impactos con los ojos llenos de terror, ojos que se tornaron vidriosos. Su cuerpo se deslizó por el ángulo de la pared hasta quedar sentado en el suelo, ya convertido en cadáver.

CAPÍTULO VIII

El apartamento de Hut V. Drake no era grande, pero sí confortable y moderno. Consistía en un *living* espacioso con una diminuta cocina acoplada a uno de sus ángulos para confeccionar comidas de emergencia; el cuarto de aseo, moderno y completo y el dormitorio.

—No está mal para un soltero —opinó Nicole.

Hut cerró la puerta y conectó la luz de dos lámparas, tamizadas con pantallas de tela escocesa.

—No lo pasó mal aquí. Hoy está bastante aseado, pero de ordinario es una leonera. Así lo dice *mistress* Dorothy, la mujer que lo adecenta.

—Una cosa es cierta, Hut.

—¿El qué?

—Un hombre no puede sobrevivir sin la ayuda de una mujer.

—Ése es el lema que las solteronas van cantando por las calles de todo el mundo, ¿no?

Ella sonrió. Observó la pequeña cocina y luego preguntó:

—Me siento muy fatigada, hoy ha sido un día de nervios. ¿Podría tomar un baño caliente?

—Desde luego. En el cuarto de aseo encontrarás todo lo necesario, incluso una bata y una pequeña lavadora automática. Tiras toda tu ropa dentro y mientras tomas el baño, la ropa se lava sola y seca por aire caliente.

—¿Quieres decir que me la podré volver a poner al salir del baño?

—Bueno, la lavadora tarda un poco más que un baño. Si piensas descansar en la cama, te recomiendo que te pongas una bata mía que encontrarás colgada y dejas la ropa para mañana por la mañana.

Drake había hablado con naturalidad, sin dobleces y así lo aceptó Nicole que penetró en el baño comenzando a llenar la bañera de agua caliente en la que disolvió sales refrescantes.

La lavadora automática, de fácil manejo, hizo su función con la ropa femenina. Nicole se sintió como renovada después del baño y dejó que la lavadora siguiera rodando en sus ciclos automáticos. Tal como había indicado Hut, al día siguiente tendría la ropa a punto. Aquello resultaba muy cómodo para un soltero que no deseaba depender de nadie.

—¡Diablos, pareces la emperatriz de Rusia! —exclamó el hombre al verla envuelta en su bata color granate, una bata que por la diferencia de estatura arrastraba por el suelo.

—Huele muy bien.

—Sí, he preparado unos huevos fritos con bacón y cervezas. Creo que bastará para reponernos.

—Estás hecho todo un amito de tu casa. Sólo falta música.

—Eso es fácil, preciosa.

Conectó un magnetófono con una cinta de larga duración, grabada con música suave, tranquilizante, a la cual Nicole dio su visto bueno.

—Eres un hombre de buen gusto, Hut.

—Y tú una mujer de buen ver. Anda, siéntate y dejémonos de cumplidos. Hay que reponer fuerzas.

Comieron plácidamente. Después, fue Nicole la que se encargó de preparar un par de *bourbons* con hielo mientras Hut se dejaba caer en el sofá.

—Dormiré aquí. Tú puedes hacerlo en la habitación.

—Eres muy gentil. Eso no se estila hoy en día.

Nicole, con los dos vasos en la mano, avanzó hacia el sofá.

Su pie descalzo, ya que no había utilizado zapatillas j por estar todo el piso del apartamento alfombrado, tropezó con una pata de la mesita enana.

—¡Cuidado!

Drake la cogió en el aire y no se derramó una sola gota de licor. La chica quedó en sus brazos.

Nicole miró al hombre fijamente. El le devolvió la mirada con sus profundos e impenetrables ojos.

—Nicole, no sé si me comporto como un canalla, pero tengo

ganas de besarte.

Sin dejar de mirarlo, ella respondió:

—Y yo de que me beses.

—En ese caso no hay problemas.

Nicole no sabía qué hacer con los vasos. Sus manos quedaron en el aire como sosteniendo dos antorchas mientras la miel de su boca era arrancada por los hábiles labios masculinos.

—Nicole, hace muy poco que te conozco, pero me gustas de veras.

—¿A cuántas has traído a este apartamento?

—No voy a mentirte, no eres la primera.

—Ni la septuagésima —agregó ella.

—No tanto, no tanto, sin embargo, tu caso es muy distinto.

Ella enarcó las cejas cuidadosamente depiladas.

—¿Hay algo más conmigo?

—Sí y tú lo sabes. Yo me siento fuertemente atraído hacia ti y creo que a la inversa ocurre algo parecido.

—Si estamos tan cerca el uno del otro, no notaremos esa atracción mutua.

—Te equivocas, puede ser más fuerte todavía.

Nicole le tendió su vaso.

Ambos bebieron y pronto los vasos, medio vacíos, quedaron sobre la mesita de centro.

Las luces se apagaron ante la sorpresa femenina. Pronto se dio cuenta de que Hut había accionado los interruptores desde el brazo del sofá, donde había un sistema disimulado de clavija. Sólo quedó una luz tenue y rojiza que apenas iluminaba el *living*.

—Un apartamento perfectamente montado para la cacería de palomas.

—Te juro que tú eres distinta y puedo demostrártelo.

—¿Cómo? —preguntó retadora.

Hut V. Drake supo vencerse a sí mismo y respondió volviéndose:

—Que pases buena noche. Mañana hablaremos.

Abandonó la alcoba ante la sorpresa y satisfacción femenina por el gesto de Drake.

El hombre regresó a su sofá.

Suspiró, tomó un almohadón y lo ahuecó colocándolo como cabecera. Se tumbó a lo largo del mismo y al poco escuchó el ruido

de la puerta del dormitorio abriéndose.

La estancia apenas se hallaba iluminada por la lucecita roja. Drake no se levantó para ver. Los pies descalzos de la mujer, caminando sobre la alfombra de pelo corto, no hicieron ruido.

Por encima del respaldo del sofá asomó el rostro femenino que se inclinó sobre él para besarlo.

* * *

El timbrazo sonó en la puerta, seco e insultante.

Hut, en medio del *living*, con pantalones y el torso desnudo, quedó perplejo.

«Si llaman para poder entrar, sus intenciones no son del todo malas», pensó.

Anduvo hasta la puerta y se colocó del lado de la jamba, abriéndola.

—¿Qué busca a estas horas?

—Soy Jenkins.

—¿Jenkins?

—¿No se acuerda de mí? —inquirió el visitante sin cruzar el umbral.

—Sí, claro, el mayordomo del señor Webb. ¿Qué quiere?

—Contarle algo.

—Pase.

Encendió otra luz para que pudieran verse mejor, pues por si la visita era hostil, cosa harto frecuente en su profesión, se había conservado a contraluz.

Jenkins, con ademanes serviles, hábito de su profesión, se introdujo en el apartamento y observó a Hut V. Drake con atención.

—Era imprescindible que hablara con usted, señor Drake.

—¿Sobre qué?

—Verá, he encontrado algo muy especial en la casa del señor Webb.

—¿Y qué es ello? Dígalo pronto, puede ser un rastro importante para atrapar a los traficantes de drogas.

Jenkins introdujo la mano por el interior de su chaqueta, mas, inopinadamente, fue derribado sobre el sofá y la mano diestra del federal le retorció la muñeca al tiempo que le arrebatava la

«Parabellum» automática que los dedos del mayordomo ya habían acariciado.

—Vaya, una pistola automática —observó Hut ya en pie y apartado del sofá.

Pálido, el sirviente aclaró:

—Sí, iba a entregársela...

—¿Está seguro? —preguntó irónico.

—Por supuesto. ¿Qué ha pensado usted?

—He visto el bulto en su chaqueta y su ademán de empuñar el arma y he creído conveniente aligerarle la pistola, simple hábito de la profesión. Si eso le ha molestado, disculpe. ¿Dice que ha hallado esta pistola en la casa del señor Webb?

Jenkins carraspeó mientras se incorporaba.

—Sí, eso venía a decirle. Como sabía que estaba investigando respecto al asunto de la chica muerta y la pistola ha aparecido debajo de un mueble...

—¿Le ha enviado el señor Webb?

—Oh no, claro que no, simplemente que yo deseo colaborar con el FBI.

—Magnífico, es usted un espléndido contribuyente.

Paga y además ayuda a la policía, ojalá todos hicieran como usted.

—¿Se burla de mí?

—En absoluto. Dígame, ¿qué tiene de particular esta pistola?

—No sé, pero una pistola siempre es un instrumento de muerte.

—Es usted clarividente, Jenkins. ¿Qué más?

—Esta pistola no pertenece al señor Webb y era sospechoso que estuviera en la casa.

—Muy bien, Jenkins. A lo mejor, si sigue deduciendo, soluciona el pleito y le tengo que dar mi paga de federal.

—¿Siempre está de tan buen humor?

—Siempre que he cenado bien y... Bueno, a lo que íbamos. Usted venía a traerme la pistola.

—Sí, y puesto que ya la tiene, me marchó. No quiero molestarle más. Seguro que he interrumpido su sueño.

—Sí, eso es cierto, pero aguarde, no se vaya.

—¿Por qué?

—Siéntese en esta butaca.

—¿Para qué?

Ante la suspicacia evidente de Jenkins, Hut insistió sonriendo:

—Para aclarar algunos puntos oscuros. Vamos, siéntese. Usted ya me ha despejado.

—Verá, es que tengo prisa. El señor Webb puede despertar de un momento a otro y precisar mi ayuda. Ya sabe que está paralítico y sin mí es hombre perdido.

—Siéntese, Jenkins. El señor Webb se las arreglará sin usted, ya lo verá.

Jenkins, a la fuerza, se acomodó en la butaca rezongando:

—Bien, si sólo son unos minutos...

Hut rodeó el sillón. Se colocó junto a la cabeza de Jenkins y apoyó el cañón de la «*Parabellum*» detrás de su oreja.

Al notar el frío contacto del arma, Jenkins palideció intensamente, pero no se movió lo más mínimo, como si temiera que uno de sus movimientos pudiera accionar el gatillo, enviándolo al infierno.

—Bien, Jenkins. Sólo tengo que jalar el gatillo y es usted cadáver.

—¿Bromea? —preguntó temblándole la voz.

—No, no bromeo. No sé si el que le ha enviado aquí le ha contado que para mí éste es un asunto muy personal.

—No entiendo nada. Por favor, aparte el arma.

—Usted, con su apariencia de humilde servilismo, ha venido a matarme.

—¿Qué, está usted loco?

—En absoluto, Jenkins, estoy muy despierto. Si hubiera hallado la pistola me habría telefoneado simplemente.

—Creí más conveniente traérsela.

—¿Y cómo sabía mi domicilio?

—Pues, he llamado a la jefatura federal.

—Otro error, Jenkins. Allí jamás facilitan la dirección de un agente. Realiza bien su trabajo de sicario, sólo que le falta un poco de imaginación en los momentos difíciles como el que está pasando.

—Yo, es que...

Trató de levantarse, pero Hut hizo presión en su oreja con el cañón del arma.

—No se mueva, Jenkins. Sólo estoy deseando apretar el gatillo.

¿Acaso no recuerda que la chica asesinada era mi hermana?

—¡Yo no sé nada!

—Usted sabe mucho y me lo va a contar todo.

—No sé nada, lo juro. ¿Esto es un arresto o una extorsión?

—No me venga ahora con el cuento de que quiere un abogado y de que ha hallado mi dirección en la guía telefónica, porque tampoco está mi nombre real en ella.

—Yo no he cometido ningún delito, no he forzado ninguna puerta. He encontrado la pistola y he venido a traérsela. No puede decir que le haya amenazado con ella.

—¿Me está desafiando?

—Tengo mis derechos.

—¿De contribuyente?

—Sí.

—Pues yo tengo mis derechos de superviviente. Aprovechando la ausencia de su patrón, la casa era utilizada para la iniciación del vicio de los narcóticos.

—Yo no sé nada.

—Le iré refrescando la memoria, Jenkins. Usted guardó bien su llave, pero le quitó al señor Webb la suya. Si el lío era descubierto, usted tenía su llave y nadie podía culparlo. El caso sería sencillo. El señor Webb había perdido su llave y la habían utilizado para organizar una juerga en su casa, eso es todo.

—Posiblemente es lo que sucedió.

—Vamos Jenkins, el juego ya está perdido por su parte. Trate de salvar el cuello si es que no ha tomado parte directa en la muerte de mi hermana.

—Yo no sabía nada. Sólo me dieron doscientos cincuenta dólares para que les prestase la llave y borrarse las huellas de la fiesta.

—Esto empieza a marchar, ya admite que forma parte de la pandilla.

—Yo no formo parte de ninguna pandilla. Mi delito es simple. Abuso de confianza, puedo perder el empleo poco más.

—Habiendo tráfico ilegal de drogas y una muerte, ¿poco más?

—Yo ignoraba esos detalles, no formo parte de ninguna banda, sólo acepté unos dólares. El señor Webb está viejo, cualquier día puede morir y me quedaré en la calle. He de comenzar a preparar mi vejez.

—Bien, ya ha admitido un delito. ¿Y mi frustrado homicidio?

—Yo no quería matarle, eso son imaginaciones tuyas —replicó nervioso.

—¿Por dinero o por chantaje?

—Si lo que trata es de averiguar quién me ha enviado aquí, lo ignoro. Es inútil que me ponga la pistola en la oreja.

—Puede facilitarle mucho las cosas el decirme quién es el jefe de la pandilla. Ya he hablado con uno de sus compinches, se llama Fish. Le he dejado algunos recuerdos en la cara. Habrá ido llorando al jefe y éste le ha enviado urgentemente a usted para que me liquide. Un procedimiento simple, pero que muchas veces resulta efectivo, sólo que ha fallado, Jenkins. ¿Qué le hará su jefe por este fallo?

—No lo sé, no sé nada.

—Usted sabe mucho, Jenkins, y todos esos detalles los aclararemos en jefatura. Allí será posible averiguar sus antecedentes porque estoy empezando a creer que puede ser que le haya dado un dinero para liquidarme, pero el motor que le ha movido a venir hasta aquí, arriesgándose a cometer un asesinato, es el chantaje, la extorsión. El jefe lo tiene atrapado y se hace obedecer, ¿verdad, Jenkins?

—¡No me sacará nada!

—Hut, ¿vas a matarlo? —preguntó sorprendida Nicole, apareciendo en el *living* envuelta en la bata masculina.

Bruscamente, jugándose el todo por el todo, Jenkins golpeó con sus puños el rostro del federal, aturdiéndole al ser cogido por sorpresa al haberse quedado mirando a la joven.

Jenkins corrió hacia la puerta y consiguió abrirla.

Drake le apuntó entre los omóplatos y Nicole se llevó ambas manos a la boca ahogando un grito de espanto, más el disparo no se produjo.

Drake era incapaz de matar fríamente como su ex compañero. Jenkins logró huir del apartamento.

—¿No vas a ir tras él, ya que no has querido matarlo cuando podías?

Drake denegó con la cabeza.

—No me serviría de nada llevarlo a la jefatura federal, en cambio, puede servirme de otra forma.

—¿Cómo?

—Poniendo más nervioso al jefe de la pandilla. La recepción a través del microemisor que le puse a Fish se ha cortado. Posiblemente han descubierto el pequeño ingenio electrónico. Ahora, Jenkins intentará huir y esa banda de traficantes se pondrá más nerviosa.

—Quieres al jefe, ¿verdad?

—Si cae el jefe, caerán los demás, él es el responsable de todo. Es un hombre peligrosísimo, un asesino en potencia, un sujeto al que hay que exterminar.

—¿Crees que la muerte de Katty la aceptará un jurado cómo homicidio en primer grado y por tanto podrán condenarlo a la cámara de gas?

—Es difícil saberlo. Con buenos abogados se consiguen cosas increíbles, no obstante, trataré de que la justicia se cumpla y Katty sea vengada.

—¿Serás tú el verdugo de ese hombre al que ni siquiera conoces?

—¿Te importaría que lo fuera?

—Odio a ese hombre tanto como tú, en especial a Fish, pero de eso a matar fríamente...

—No dejaré que escape, Nicole, no puedo permitirlo.

No añadió nada más, se quedó contemplando aquella pistola con la que habían tratado de asesinarlo por sorpresa.

CAPÍTULO IX

Acomodado en la parte posterior del automóvil, el inspector Gordon se veía molesto, irritado ante el proceder de Hut V. Drake que en aquellos momentos se hallaba sentado a su lado mientras rodaban por la recién despertada San Francisco, una ciudad que se desperezaba entre una bruma cálida y pegajosa que advertía, quizás amenazaba, un día agobiante de calor.

—Drake, usted sabe que no se puede tomar ningún caso como personal.

Hut fumaba plácidamente ante las explosiones de su jefe.

—Sé bien cómo llevo el caso.

—Lo que usted quiere es matar.

—En este caso no he matado a nadie todavía.

—Ése todavía significa mucho.

—Cuando tenga un cadáver le avisaré.

—Conque me avisará, ¿eh? Pues yo ya tengo uno para usted.

—No me diga.

—Usted no habrá matado directamente, pero me parece que ha desarrollado un sistema en el que las muertes pueden producirse en cadena, un sistema sinuoso, pero efectivo.

—Podría ser.

—¿Se da cuenta de que sólo es un agente, de que no es juez, jurado ni verdugo?

—Estoy investigando, no juzgando. La verdad es que pude eliminar a esos dos tipos que asesinaron a mi hermana con la maldita droga y no lo hice.

—Yo no sé si uno de ellos se llamaba Jenkins.

—Pues sí, Jenkins era uno de los dos.

—Jenkins está muerto en estos momentos.

—Vaya, parece que tenía prisa por morir. ¿Cómo ha ocurrido?

—Ahora lo averiguaremos. Vamos directos a la mansión del señor Webb. El ha informado del hallazgo del cadáver de su mayordomo.

—La sociedad no ha perdido gran cosa con su muerte.

—Muy bien, Drake, muy bien. ¿Debo aplaudirlo?

—No estoy actuando, inspector.

—¡Diablos, Drake! —Se irritó más—. ¿Es que no se da cuenta de que no ha hecho ningún informe sobre el caso como es lo reglamentario? En el departamento no sabemos nada de la investigación que lleva a cabo.

Si lo matan, nadie puede proseguirla, habría que empezar de nuevo.

—No tema, no dejaré que me liquiden.

—Se cree muy listo, ¿eh?

—Bueno, no estoy fallando.

—Voy a relevarle del caso. Le daré un período de vacaciones. Comprendo lo que ha significado para usted la muerte de su hermana, especialmente por sus circunstancias, pero su comportamiento no es aceptable. Ya desde un principio era de la opinión de dar el caso a otro agente que lo resolvería con más objetividad, que no se lo tomaría como un asunto personal y cumpliría con lo reglamentado de ir comunicando los partes, cooperar con el departamento y no ir investigando como en la vieja escuela ya en desuso, completamente solo, con una pistola por delante. Estoy seguro de que si se hubiera tropezado con el hombre al que realmente busca ya lo habría acribillado a balazos.

—Ese momento no ha llegado aún, inspector, y por tanto no podemos juzgar de antemano lo que haré.

—Pero lo supongo y luego, la Prensa a hincharse nuevamente de publicidad sensacionalista y gratuita en contra del FBI. El juez y el fiscal federal se pondrán furiosos y es posible que lo enjuicien si comete una tontería como mínimo.

—¿Tendré que abandonar el FBI? —inquirió mordaz, con cierta amargura.

El inspector Gordon sabía que debía dar una respuesta afirmativa a aquella pregunta, pero tratando de ser comprensivo y persuasivo a la vez, prefirió decir:

—Drake, es usted uno de los mejores agentes que tiene el departamento, diría que el primero.

—¿Me da coba?

—No se burle y déjeme hablar.

—Le escucho.

—¡Si me interrumpe no podrá escucharme! Trato de decirle que no quiero que se vea obligado a abandonar el FBI, que nos hacen falta hombres como usted para luchar contra el crimen. No podemos permitirnos el lujo de ir perdiendo a nuestros mejores agentes. Sólo que cooperara un poco, el problema desaparecería.

—Sé que intenta ayudarme, inspector, pero a veces, en la vida, hay situaciones más fuertes que los propios convencimientos y no puede dejarse de obrar primitivamente por más sensato y razonador que se sea de ordinario.

—Espero que en el momento fulminante no falle, Drake.

El automóvil policial se detuvo frente a la mansión de Webb. Había dos coches oficiales aparcados frente a la puerta y un agente federal la custodiaba.

En aquellos instantes, tras ellos, llegaba una ambulancia ululante.

El agente de la puerta saludó al inspector jefe y dio una palmada al amigo Drake. Ambos pasaron al interior de la casa mientras eran seguidos por los hombres de la ambulancia que se harían cargo del cadáver de Jenkins.

Al primero que hallaron dentro de la casa, en el centro del salón, fue al impedido señor Webb, encajado en su silla de ruedas. No vestía muy bien ahora, sólo una bata de lana cubría su cuerpo falto de calorías pese al estío.

Al ver aquel rostro, Hut se dijo que aquel hombre no parecía el mismo del día anterior. Había envejecido varios años en sólo unas horas, semejava más derrumbado.

—Buenos días, señor Webb.

Alzó la vista y reconoció al agente.

—Hola, señor Drake. He llamado al departamento y han venido sus colegas inmediatamente. Por lo visto, tenía usted razón.

Hut presentó:

—El inspector Gordon, jefe del departamento. Me ha comunicado que han hallado el cadáver de Jenkins.

—Es cierto. Jenkins, aunque lo tachara de imbécil, lo era todo para mí.

—¿Se refiere a su ayuda?

—Sí. Ahora me siento como un muñeco al que han cortado los hilos.

Gordon, compadecido de aquel hombre que comenzaba a considerarse a sí mismo como un guiñapo, dijo:

—Puede encontrar a quien le supla.

—No tengo mucho dinero para pagar.

—Tiene la casa para vender. Puede ganar mucho dinero con ella y vivir en un apartamento más reducido.

—Olvidemos eso, caballeros. Después de todo, es problema mío.

Drake suspiró.

—Es cierto. Hablemos de Jenkins.

—Sus colegas están arriba con él.

Ante esta aclaración, los camilleros subieron por la gran escalinata.

—¿Cómo lo ha hallado?

—Colgado con su cinturón en la regadera de la ducha. Ha sido horrible. No olvidaré jamás sus ojos abiertos y de mirar obsesivo.

—¿Ha notado algo durante la noche?

—La verdad es que no podía.

—¿Por qué?

Webb aclaró:

—Por lo visto, tomé, tres pastillas de somnífero en vez de una como es habitual en mí. Estas malditas piernas no están muertas del todo, y más que servicio me causan dolor, por eso utilizo barbitúricos.

—¿Y por qué tomó tres pastillas en lugar de una?

—Lo ignoro, se le debió pasar a Jenkins. Lo sé porque había contado las pastillas y esta mañana me sentía muy atontado. No comprendía lo que sucedía. He llamado a Jenkins y éste no ha respondido. Tenía el tubo al alcance de la mano y he contado las pastillas, quedando sorprendido de haber tomado tres, quizá en la leche. Me he levantado de la cama y en este maldito trasto al que estoy encadenado de por vida —golpeó significativamente con sus manos los brazos del carrito de ruedas— me levanté y queriendo despejarme del todo con agua, fui al cuarto de aseo. Allí encontré el

cadáver de Jenkins. La impresión fue tan fuerte que no me hubiera despejado más de meterme en una bañera llena de hielo, se lo aseguro.

—Señor Webb, Jenkins no era digno de su confianza.

—¿Cómo dice?

—Que él era quien rentaba su casa a los traficantes de narcóticos cuando usted se hallaba de viaje. Cobraba por eso.

—No es posible, no puedo creerlo.

Drake puntualizó:

—Créalo porque ayer noche Jenkins quiso matarme. Por lo visto, había descubierto demasiado y una vez lo desarmé, me confesó lo de las fiestas.

—¿Y usted lo dejó marchar para que se suicidara? —preguntó el inspector Gordon.

—El escapó. Sólo me quedaba matarlo para detenerlo y no lo hice.

—¿Y dejó que viniera hasta aquí para ahorcarse en el baño?

—No me explicó sus proyectos, inspector. Lo único que hasta ahora puedo deducir es que Jenkins durmió expreso con barbitúricos al señor Webb para que no se enterara de nada y poder salir sin ser visto.

En aquellos momentos descendían por la escalinata los dos camilleros transportando en las parihuelas el cadáver de Jenkins. Tras ellos, charlando, bajaban el juez federal, que había determinado el levantamiento del cadáver, y el médico forense. Después, el fotógrafo federal que había tomado las instantáneas de todo lo ocurrido para que formara parte del *dossier* del caso.

—Hola, inspector —saludó el juez federal—. He venido inmediatamente que me han comunicado que éste no era un homicidio vulgar, sino que estaba implicado en un caso que el departamento de estupefacientes está investigando.

—¿Habla usted de homicidio, juez?

—Sí, es lo que el doctor me ha dicho.

El médico forense explicó:

—La verdad es que ha sido un trabajo casi perfecto de homicidio. Si no llevara ya muchos años en la profesión hubiera podido engañarme.

—¿Es que Jenkins no se ha suicidado? —inquirió sorprendido el

señor Webb.

—No. Ha sido asesinado con un cordón y luego han colgado el cadáver con su propio cinturón. Como es lógico, todo esto lo constataré mejor cuando le haga la autopsia. Las señales del cordón no responden exactamente a la forma del cinturón. No obstante, quien lo ha hecho es un experto, aunque todos sabemos que en un crimen siempre hay algo que falla y éste no iba a ser menos.

Sonó el timbre del teléfono que había sobre una consola.

—Drake, le llaman a usted —dijo.

Mientras los demás hablaban sobre lo sucedido, Drake se acercó al aparato y tomó el auricular que Webb dejara desahorquillado.

—¿Diga?

—¿Agente Drake? —inquirió una voz masculina al otro lado del hilo, una voz que Drake conocía bien por haberla escuchado en múltiples ocasiones.

—Diga.

—Aquí la jefatura federal.

—Sí, ya le he reconocido.

—Una mujer está llamándole insistentemente.

—¿Cómo se llama?

—Dice que Nicole. ¿Le paso la comunicación directa?

—Sí, por favor.

Pudo escuchar la voz del telefonista federal, diciendo:

—Señorita, ya está al habla con el agente Drake.

—¿Hut?

—Sí, Nicole. ¿Sucedee algo?

—Pues sí.

—Habla, estoy impaciente. ¿Qué ocurre?

—Estaba nerviosa con respecto a mis hermanos.

—¿Y qué?

—Bueno, son unos brutos, unos primitivos, no se portaron muy bien conmigo, pero ellos querían protegerme a su manera.

—Lo sé. Los aprecias, es tu sangre... ¿Qué es lo que tienes que decirme? —apremió.

—Los he llamado para explicarles mi fuga y que no se pusieran demasiado nerviosos, y me han dicho que un tipo fue a verlos esta noche preguntando por mí.

—Imagino cómo le recibirían con lo cordiales que son tus

hermanitos.

—Dicen que lo tienen con ellos y que responde al nombre de Tommy.

—¿Tommy?

—Sí, el que nos enviaba a esas fiestas. Seguramente el secuaz de Fish.

—Creo que esta vez tendré que darles las gracias a tus hermanos. Voy a por Tommy y espero no tener que liarme a puñetazos con ellos. Si esto ocurre, habré de pedir a la asociación perruna de San Francisco que les ponga bozal a los tres. —Colgó. Encarándose con Gordon dijo—: Tengo una cosa importante que hacer, inspector. Luego nos veremos.

—¿Cómo, se marcha ahora? ¿Ni siquiera da un vistazo arriba en busca de pistas?

—Eso lo harán mejor los compañeros que yo. Ya sé unas cuantas cosas importantes.

—¡Drake! ¿Es que no va a decirme lo que va a hacer? ¿En qué nuevo lío va a meterse?

—Se lo contaré después, inspector.

—¡No me gusta el sistema de los hechos consumados! —gritó, mas ya Drake había salido de la casa.

Tomó el coche del departamento en el que había llegado con el inspector y olvidándose del chófer, se alejó en dirección a la carretera Este a la que arribó rápidamente.

Devoró las millas hasta el Tennessee Motel y allí detuvo el coche con un fuerte chirriar de neumáticos.

Lee le recibió con los puños prietos y cara hosca.

—No he venido a incordiarles. Nicole me ha llamado advirtiéndome que tienen a uno de esos tipos que han tratado de convertirla en una viciosa y que asesinaron a mi hermana. Posiblemente venía en busca de Nicole para asesinarla también.

Humphry y Jimmy aparecieron tras Lee. Este último fue el primero en hablar.

—Creo que debemos colaborar con la policía. Después de todo, ellos trataban de salvar a Nicole y dar el castigo a los hampones.

Lee aceptó a regañadientes:

—Está bien. Al tipo ése lo tenemos en el sótano y creo que usted ya sabe dónde está el sótano, ¿verdad?

—Déjese de suspicacias. Sé que saben defender bien a Nicole de los peligros. No pretendo darles ninguna lección, sólo que represento a la ley establecida.

Se abrió paso entre los grandullones de Tennessee introduciéndose en el motel. Pasó a la cocina y allí movió la pesada mesa que cubría la trampilla.

Cuando alzó la tapa de madera, vio oscuridad en el fondo.

—¿No hay luz aquí abajo? —inquirió mirando a los hermanos de Nicole.

Humphry accionó un interruptor de la pared y se hizo la luz en el sótano.

Descubrió en el suelo el cuerpo caído de un hombre.

—No lo habrán matado, ¿eh?

Lee respondió:

—Sólo le hemos dado una pequeña lección. No nos gusta que vayan molestando a Nicole y como dijo que querían atentar contra ella...

—Comprendo.

Hut descendió al sótano. Tommy se medio incorporó y, trabajosamente, volvió su rostro hacia el federal, un rostro lleno de cardenales igual que todo su cuerpo.

—Vaya, te han hecho la cirugía estética a golpe de puño, amigo.

—¿Quién, quién es usted?

—Drake, agente

federal' y
tú eres Tommy, compañero de Fish. Nicole ya me ha hablado de ti.

—Yo no sé nada. Tres tipos me han golpeado y metido aquí dentro.

—Soy el hermano de Katty, la chica muerta y esos tres de arriba son hermanos de Nicole. Estoy seguro de que venías a cerrarle la boca.

—¡No, no!

—No tengo tiempo que perder y sí muchos deseos de hacer justicia por mi cuenta, de modo que puedo subir arriba y decirle a esos tres que bajen y se encarguen de ti. Yo sólo volveré la cara, ¿me entiendes? Son algo brutos.

—No, no, eso no.

—Pues abre la boca. ¿Quién es el jefe de tu pandilla?

—No lo sé.

—Vaya, empiezas con la misma cantinela que Fish.

—Fish está muerto.

—¿Cómo?

—Sí, está en una cabaña de piedras en el desierto. Yo puedo llevarles hasta él.

—¿Lo has matado tú?

—No, el *boss*.

—¿Quién es el *boss*?

—Lo ignoro, siempre va encapuchado —aclaró Tommy que ya se veía perdido.

—Conque encapuchado, ¿eh?

—Sí, lo juro, nunca he visto su cara. Él lo organizaba todo. Fish y yo sólo vendíamos al por menor.

—Viciabais a la juventud.

—Hacíamos lo que ordenaba el *boss*. Él tenía la droga, siempre tiene para vender. El sí hará una fortuna.

—¿Y no tienes idea de quién puede ser el encapuchado?

—No.

Hut lo asió por las solapas de su chaqueta, zarandeándolo.

—Pues vas a tener que esforzarte si quieres salvar el pellejo.

—Yo sólo puedo decir lo que he visto —musitó muerto de miedo, advertido ya por la paliza recibida.

—Empieza.

Tommy explicó lo ocurrido en la cabaña. Terminó diciendo:

—Y a Jenkins lo envió para liquidarlo a usted.

—Sí, ya lo sé, sólo que como Jenkins falló, el encapuchado también se ha cargado a Jenkins.

—¡No! —exclamó sincero.

—Sólo quedas tú, Tommy, y como has fallado también te eliminará. El encapuchado es hombre práctico y sabe borrar pruebas o testigos molestos. Lo mejor que puedo hacer contigo es dejarte libre. Si te mata a ti, puede cometer un fallo y de este modo podremos enviarlo a la cámara de gas.

—¡No, no puede hacerme eso!

—¿Qué es lo que no podemos hacer, Tommy?

—Dejarme libre. Yo hablaré, confesaré mi tráfico de drogas, daré las listas y diré en los lugares donde nos reuníamos.

—Eso te costará algunos años de cárcel, claro que si la confesión es voluntaria, el tribunal puede ser benévolo contigo.

—Sí, sí, quiero confesar. Que me den papel y pluma, lo firmaré todo, pero no me dejen suelto. El encapuchado mata fríamente, sin piedad, y yo no quiero morir.

—Un hombre muy peligroso el *boss*. Un tigre suelto en la ciudad. ¿Cómo liquidó a Fish? A Jenkins lo ha estrangulado.

—Lo mató a balazos. Yo estaba delante.

—¿Qué pistola empleaba?

—Una «Luger» sin silenciador.

—¿Seguro?

—Sí.

—Bien, sube y firmarás tu confesión. Eso te libraré de ir a la Morgue con los pies por delante.

—Sí, sí. Fish fue el culpable de que la chica muriera. El las inyectaba, yo no tomaba parte, sólo reunía a las chicas.

—Y llevabas la droga y la jeringa en el bolsillo para entregarla a Fish.

—Sí, pero sólo eso, lo juro. Fue Fish también quien cargaba los refrescos de alcohol puro para que se atontaran.

—Deja de lloriquear y arriba, debes de firmar tu confesión.

CAPÍTULO X

Hut V. Drake saludó al vigilante nocturno de la entrada sur del puente Golden Gate.

—El puente es para circular con vehículo y veo que usted lo ha aparcado a poca distancia de aquí.

Drake mostró al guardián el carnet identificativo de su profesión.

—Agente federal, estoy esperando a alguien. Voy a caminar por el puente.

—Como guste. Si precisa ayuda...

—No, gracias. Siga con su cometido, no alarme a nadie. Podría asustar la caza.

—Comprendo.

Tras saludar cortésmente vio cómo el federal se alejaba hacia el interior del puente, caminando sin prisas.

Drake sabía que Fish no acudiría a la cita, mas albergaba una esperanza, una débil esperanza.

Sacó el paquete de cigarrillos y colocó uno de ellos entre sus labios, prendiéndole fuego. Luego, siguió avanzando junto a la balaustrada mientras los automóviles circulaban en ambas direcciones, iluminando el puente con sus focos pese a que éste ya se hallaba profusamente iluminado. Una verdadera obra de ingeniería, el mayor puente colgante del mundo, de una sola suspensión para permitir el paso de los trasatlánticos.

Pensativo, rememorando cada detalle de los sucesos ocurridos, Drake se acodó en la baranda férrea.

Abajo, las naves entraban o salían del populoso y abigarrado puerto de San Francisco, identificándose sobre las aguas por sus luces de señalización.

Era paciente en la espera. Comenzaba a fumar el cuarto cigarrillo cuando escuchó un chirrido de frenos casi en su misma espalda.

—¡Hut! ¿Qué haces aquí?

Reconoció al punto aquella voz. Al volverse, constató que su fino oído no le había engañado.

Dentro de un convertible blanco, estaba Herbert Bucannon, sonriéndole amistosamente.

—Herbert, ¿tú por aquí?

—Sí, pasaba por el puente y al verte he parado... Son años trabajando juntos para pasar de largo. ¿Subes al auto?

—No, estoy esperando a alguien.

—¿Importante?

—No lo sé todavía.

—Entonces, me apeo y charlamos un poco. Tengo cosas que decirte, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Por de pronto, dame un cigarrillo. Los míos se me han terminado.

—Sí, claro, siempre lo hemos partido todo.

—Hasta las chicas, Hut. ¿No te acuerdas de aquella pelirroja tan sensacional? Primero contigo, luego conmigo y viceversa.

—Sí, sí me acuerdo. ¿Cómo te va en tu nueva vida, Herbert?

—Verás... —Dio la primera chupada al pitillo, acodándose en la baranda al igual que su amigo—. Aún no he empezado a ejercer como investigador privado y ya estoy arrepentido.

—¿De qué?

—De haber presentado mi dimisión al FBI.

—Si existe un sincero arrepentimiento por tu parte y se lo pides al viejo, puedes ser readmitido. Es posible que la dimisión no haya llegado a la dirección general.

—¿Tú crees que podría tener esa suerte?

—Sí, claro que habrías de darte prisa y convencer al viejo. Tendrías que decirle que aceptarás el sistema y no irás por ahí matando a los delincuentes.

Herbert Bucannon sonrió irónico.

—No sé por qué nos han de poner tantas cortapisas para limpiar la ciudad de hampones. Por cierto, he leído la noticia en los

periódicos.

—¿Qué noticia?

—Sobre tu hermana. Sé que fue hallada en una playa y según el periódico era la hermana del federal Drake. Katty, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento de veras.

—Gracias, Herbert. La vida es así. Luego, como tú dices, es difícil no matar a los malhechores.

—Te comprendo, Hut, y me jugaría el cuello de que el viejo Gordon no te entiende.

—Siempre pone sus pegas. Se queja de mi modo de trabajar.

—De modo que estás investigando el caso de Katty.

—Por supuesto. No iba a dejar esa misión para otro.

—Si puedo ayudarte en algo...

—Verás, la banda de los traficantes de drogas no estaba compuesta por muchos miembros. Dos han muerto asesinados por el jefe de la misma.

—Eso quiere decir que llevas muy bien la investigación. Te falta poco ya, ¿verdad?

—Sí. Tenemos en jefatura a otro de los miembros, un tal Tommy con una confesión completa de sus delitos.

—Sólo os falta el enigmático jefe, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que es enigmático?

—Lo supongo. Los peces gordos siempre son más difíciles de pescar, nosotros lo sabemos bien. Hemos trabajado juntos mucho tiempo.

—Sí, pero este pez es escurridizo. Ni siquiera mostraba su rostro a sus hombres, pero su voz será reconocida en cuanto le atrapemos.

—¿Se ponía careta?

—No, capucha.

—Eso no es nada nuevo. ¿Tienes algo más con qué atraparlo?

—Pocas cosas. Dos cadáveres, su voz, su estatura, el lugar de donde sacó la droga con la que se está haciendo rico.

—Son muchas pistas.

—Sí, y estaba esperándolo aquí para que se entregara.

—¿De veras crees que un pez como ése va a entregarse sin más ni más?

—Puede estar arrepentido.

—Pero dos asesinatos, con el agravante de tráfico ilegal de drogas, es un asunto demasiado grave para pasarlo por alto. Creo que sólo un santo se entregaría en su puesto.

—Y tú no eres un santo, ¿verdad?

—No te entiendo.

Con tranquilidad, en aquella charla que aparentemente no tenía importancia, preguntó:

—¿Sigues utilizando la «Luger» que te regaló el cónsul alemán por el favor que le hiciste al protegerlo?

—Sí, claro, es una buena pistola. Esos condenados alemanes fabrican muy bien.

—¿La llevas encima? Me gustaría verla. Creo que al final me decidiré por una «Luger».

—Bueno, yo he utilizado la «Browning» y la «Luger» en distintas ocasiones, pero prefiero la «Luger»; es algo más pesada.

Sacó la automática, mostrándola.

Con naturalidad, Hut le tomó la pistola observándola. Luego, miró a su ex compañero.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te has convertido en lo que eres? Nadie más que yo lamenta esta situación.

—No te entiendo. ¿Bromeas?

—Verás, he estado pensando mucho, atando cabos. Al final he llegado a la conclusión de que tú eres el encapuchado, el *boss* de la pandilla.

Bucannon miró a Drake con verdadera sorpresa. Luego, estalló en una carcajada.

—Chico, ignoraba que tuvieras tan buen humor. Anda, déjate de bromas y devuélveme la «Luger».

—No, Herbert. Vas a tener que responder ante la justicia por tus delitos. Siempre había confiado en ti y nos has engañado a todos. Es sorprendente que hayas sido tú, el aniquilador de hampones como te llamaba la Prensa amarilla. Ahora me doy cuenta de que lo único que hacías era quitarte competidores. Hace tiempo que tenías elaborado tu plan.

—Vamos, Drake, la muerte de Katty te hace desvariar.

—No, Herbert. Cuando eliminaste a White no aparecieron los

cinco kilos de heroína que él tenía según nuestras informaciones y fue porque tú los habías ocultado en otra parte para enriquecerte después. Me has fallado totalmente, Herbert. Por lo menos, compórtate ahora como un hombre.

—Oye, jamás te había visto una representación igual, lo haces perfecto. Podrías entrar en el grupo teatral del FBI, serías un actor excelente. Por un momento me has asustado, me has hecho creer que soy un asesino en potencia.

—Y lo eres realmente, Herbert. Tienes muchos muertos sobre tu conciencia. Ahora queda demostrado que no liquidabas a los hampones en nombre de la justicia sino en el tuyo propio. De este modo también forzabas tu dimisión en el FBI sin despertar sospechas. Tú eras un antihampón nato, nadie podía recelar de ti. Formaste tu propia banda. Comenzó a actuar, viste que iba bien y decidiste que ya habías estado bastante tiempo en el FBI. Ahora que todos los miembros de tu pandilla han caído, quieres entrar de nuevo en el FBI para liberarte de sospechas y esperar mejores tiempos para enriquecerte con la droga que te quedaste fraudulentamente.

—Oye, dices que nadie sospecha de mí y tú en cambio sí, ¿por qué? —preguntó riendo.

—Esta noche, aquí sólo podía acudir el asesino.

—Pero yo vengo por casualidad. No vas a basar una acusación monstruosa en ese simple dato. Ningún fiscal te escucharía.

—Claro que no, Herbert. El *boss* iba encapuchado porque era un rostro conocido como honrado y prefería pasar inadvertido totalmente.

—¿También eso coincide conmigo?

—Sí. En el mundillo del hampa, tú y yo somos populares. Además, Tommy reconocerá tu voz, tu estatura.

—Tampoco es suficiente.

—Tú lo haces todo perfecto, Herbert, pero has cometido un fallo. No entiendo cómo no pensaste en esa posibilidad, tú sabes que todos los delincuentes se equivocan.

—Yo nunca cometo fallos, Hut.

—Sí, esta pistola te condena. —Le mostró la «Luger» que había quitado a Bucannon cuando éste no sospechaba ser acusado por su amigo y de forma tan directa.

—¿Qué le pasa a la pistola?

—Con ella asesinaste a Fish en el desierto. Tenemos su cadáver, Tommy nos dijo dónde podríamos hallarlo. Tú lo mataste con esta arma. Ahora, el laboratorio de balística constatará que ésta es la pistola del encapuchado y eso sí es una prueba de cargo. ¿Te das cuenta de cómo sí has cometido un fallo?

Bucannon palideció. Su expresión cambió totalmente.

—Vamos, Hut —dijo grave— podemos ser ricos. Tengo cinco kilos de heroína, bueno, cuatro kilos y unos miles de dólares que he ganado con ella.

—De modo que ya confiesas.

—No me queda otro remedio. Podemos seguir formando tándem.

—Lo siento. Ni fui un destructor de hampones ni soy un delincuente. —Sacó de su bolsillo un emisor de transistores y oprimiendo un botón llamó—: Inspector, ya pueden venir. Tengo al jefe de la banda. Es Herbert Bucannon.

—¡Maldito seas, es una trampa!

Quiso arrebatarse la «Luger» sin conseguirlo. Hut V. Drake tuvo que encajar un doloroso rodillazo, pero le dio un fuerte empujón y Bucannon rodó por tierra. Ya en la calzada, escuchó las sirenas de la policía.

—¡Tendrás que matarme si quieres detenerme! —gritó desafiante.

Herbert corrió por el puente, pero la policía venía en ambos sentidos. Habían permanecido ocultos, esperando la orden de Hut que había expuesto su vida limpiamente ofreciéndose como carnada en aquella trampa.

Levantó la «Luger» apuntando hacia Bucannon que corría hacia la baranda con evidente intención de lanzarse desde lo alto del puente. Si no perecía en la zambullida, podía escapar por las oscuras aguas de la bahía.

Hut bajó el arma jalando el gatillo.

El estampido sonó seco. Herbert cayó antes de llegar a la baranda como si hubiera tropezado con algo y ese algo era una onza de plomo en su pierna.

Los automóviles policiales frenaron a escasos pasos del caído que en vano trataba de llegar a la balaustrada para escapar o morir.

Los que antes fueran sus compañeros lo sujetaron y las esposas se cerraron en sus muñecas.

Bucannon lanzó una última mirada a Hut. Luego, bajó la cabeza, vencido.

—Un magnífico trabajo, Drake, comprendo lo que le habrá costado siendo Bucannon su amigo. Yo jamás lo hubiera sospechado.

—Yo tampoco hasta que ha llegado al puente. Su deseo de enterarse de cómo iba el caso para conocer sus posibilidades le ha perdido.

—Duro oficio el nuestro, Drake. A veces, como en esta ocasión, hay que enviar a la cámara de gas al que creíamos nuestro amigo. Ah, debo felicitarle por no haber querido tomarse la justicia por su mano. Un balazo en la pierna del que huye es lo correcto, lo que se enseña en Quántico. Venga a mi coche, iremos a jefatura.

—Gracias, inspector, pero ahora no me haga ir a jefatura. Tengo demasiadas cosas en qué pensar y creo que el único lugar donde me sentiré a gusto es junto a una chica llamada Nicole que me espera, lo malo es que acabaré teniendo los tres cuñados más brutos que se pueda imaginar.

Gordon le dio una palmada en el hombro y Drake regresó a su coche. Todos los vehículos se pusieron en marcha. A través del cristal posterior de uno de los automóviles vio a Bucannon. Su rostro ya no era el de un amigo, sino el desencajado de un asesino atrapado.

Drake, fumando despacio, circuló por el puente, bajo sus luces y sobre las aguas oscuras de la bahía de San Francisco.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.